

MADRID 1987

David Trueba

Lectulandia

En un caluroso fin de semana de julio de 1987, con la ciudad de Madrid desierta, Miguel, un veterano articulista, temido y respetado, se cita en un café con Ángela, una joven estudiante de primer curso de Periodismo. Obligados a convivir en una jornada muy particular, ambos tratarán de sobrevivir al roce del deseo. Como dos trenes, sus personalidades chocan frontalmente, en la España de 1987, un país que terminaba de cerrar el capítulo negro del franquismo y se instalaba plácidamente en la democracia. Quizá demasiado plácidamente, mientras los valores y las jerarquías tradicionales aún disfrutaban de un poder sólido.

Lectulandia

David Trueba

Madrid 1987

ePub r1.0

SoporAeternus 31.03.15

Título original: *Madrid 1987*
David Trueba, 2012
Diseño de cubierta: SoporAeternus

Editor digital: SoporAeternus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Después de seis años en el gobierno, las patillas de Felipe González comenzaron a blanquear y la pana fue definitivamente arrumbada. Asentado en el poder con la segunda mayoría absoluta, en vista de que el socialismo no le iba a tocar el trigémino a ningún banquero, a ningún obispo, a ningún empresario, salvo al loco carioco de Rumasa, los que habían refugiado el dinero bajo las montañas nevadas de Suiza perdieron el miedo a los rojos, comenzaron a relajarse, regresaron a casa con las sacas y a partir de ese momento comenzó la cultura del pelotazo.

España estaba todavía estremecida por el atentado de ETA en Hipercor, que causó 21 muertos y decenas de heridos, pero en los bailes de verbena y chiringuito sonaba «Los pajaritos» de María Jesús y su acordeón. Entre el desencanto y el pelotazo, España cambió de piel aquel verano de 1987.

«Verano de 1987», artículo de Manuel Vicent,
El País, 14 de agosto de 2011

Una radio lejana repasa las noticias del día.

Corresponden al 18 de julio de 1987. Sábado.

Y seguramente hablan del aún cercano atentado de Hipercor o del caso Irán-Contra.

De Reagan y Margaret Thatcher, de las primeras investigaciones sobre los GAL.

También de la crisis en los países del Este y, como siempre, de la inflación.

Y de Telefónica, aún estatal, con sus cincuenta mil millones de pesetas de beneficio anual.

Un café al mediodía en el centro de la ciudad.

Hay unos enormes ventanales que dan a una calle concurrida.

Hay alguna mesa ocupada, pero no es, ni de lejos, la hora punta.

En una mesa del fondo, aislado de todos y de todo, está MIGUEL.

Tiene sesenta años, melena algo anacrónica y patillas.

Con el cigarrillo en la comisura de la boca.

El pelo mojado hacia atrás, negro, con algunas canas.

Unas gafas cuadradas de pasta negras de alta graduación, que le esconden los ojos.

Pero no restan a la mirada la intensidad de un entomólogo entre el humo de cigarro.

Una mirada irónica, distante, de maldito con sorna.

No es un hombre guapo, pero ser famoso le hace interesante.

Escribe a máquina sobre la mesa del café.

Lo hace con dos dedos pero a enorme velocidad.

Escribe un artículo para el periódico.

De vez en cuando, raramente, relee algo escrito y se separa el cigarrillo de la boca.

Tiene el *ABC* y *El País* posados en la mesa al alcance de la mano.

Un camarero aceitoso, sin preguntar, le retira la taza de café ya consumida.

Y le pone otro café idéntico, solo y corto, y un vaso bajo de whisky.

MIGUEL

¿Ya son y media?

Pero no espera respuesta, ha consultado su propio reloj.

Hace calor, ese calor de julio en Madrid, seco como un ladrillazo en la sien.

CAMARERO

A las nueve ya teníamos veinticinco grados. O sea espérese un día de esos en que las papeleras se derriten.

MIGUEL

No digas esas cosas tan poéticas, coño, que me contagias. Y luego me sale un artículo lírico, de domingo. De esos que le sacan la lagrimita a las viudas.

CAMARERO

A mandar don MIGUEL.

MIGUEL

Exacto, diga usted las bobadas de camarero. Y yo diré las bobadas del articulista, como hacemos siempre.

Sin esperar respuesta, ha vuelto a teclear con aire inspirado.

Al terminar una hoja la posa en la mesa y mete otro folio en el rodillo.

Por el ventanal ve llegar a ÁNGELA.

ÁNGELA tiene diecisiete o dieciocho años.

Lleva el pelo recogido en una cola de caballo y tiene gafas finas y ovaladas.

Parece una estudiante universitaria de primer curso y de hecho lo es.

Tiene formas, que esconde bajo una camisa amplia y fresca. Lleva pantalones vaqueros de aquel corte horrible de los ochenta.

Las sandalias recuerdan que ha empezado el verano.

MIGUEL la mira por cada una de las ventanas, según las va atravesando.

Hasta que llega a la puerta giratoria y la empuja y entra en el café.

Él espera que ella lo localice sin hacer ningún gesto.

Como si disfrutara más mirándola sin ser visto.

Ella sonríe al encontrarlo y camina hacia la mesa.

Se ha recolocado el bolso al hombro, en un gesto nervioso. Separa la silla frente a él y se sienta tras ser invitada a hacerlo, tímida e incómoda.

Cuelga el bolso en el respaldo de la silla.

MIGUEL

Has atravesado el café como una gacela. Totalmente fuera de sitio entre toda esta vulgaridad.

ÁNGELA

Así que es verdad que escribe siempre aquí.

MIGUEL

No siempre. *Siempre* es una palabra peligrosa. ¿No te parece?

ÁNGELA

No sé...

MIGUEL

Las palabras que parece que obligan a algo son siempre mentira. A nadie le obliga una palabra. No te fíes de las palabras. Parecen una cadena, pero se rompen así.

Y MIGUEL hace el gesto de romper con suma facilidad unas esposas invisibles.

ÁNGELA

No me fiaré.

MIGUEL

Pídetelo algo, ya termino.

MIGUEL vuelve a teclear en la máquina, aislándose de nuevo.

Bebe un trago de café y luego un sorbo de whisky.

Ha encendido otro cigarrillo de su paquete de Ducados.

Cuando el CAMARERO se acerca, ÁNGELA le pide, casi en un susurro:

ÁNGELA

Una Coca-Cola.

ÁNGELA, nerviosa, repara en el folio escrito, sobre la mesa de mármol.

Lo toca levantando la plana llena de letras que estaba boca abajo.

ÁNGELA

¿Puedo?

MIGUEL

El lunes.

ÁNGELA

¿No le da miedo escribir con dos días de antelación?

MIGUEL

Antes podía morirse Franco. ¿Pero ahora? Incluso si matan al Papa todo sigue igual. Mientras los bancos abran... Cuando dimitió Suárez, en el 81, yo había escrito un artículo sobre la raya del pelo que llevaba. ¿Te acuerdas la raya tan perfecta?

ÁNGELA hace un gesto de asentimiento.

Olvidar esa raya del pelo del presidente Suárez sería como olvidar dónde vives.

MIGUEL

Dije que la raya se estaba tan quieta porque tenía miedo que la cesaran o la mataran o vete a saber a qué cosas le temía aquella raya del pelo. ¿Crees que cambié el artículo después de que se supiera que dimitía? Hasta me llamó el director del periódico. «¿No cambias el artículo?, te damos más espacio si quieres.» «Está bien como está», le dije. Y así se quedó. Años después me lo dijo el propio Suárez, «el día que dimití el artículo que más me llamó la atención fue el tuyo, MIGUEL, el de la raya del pelo». Supongo que fui el único que no le asestó una necrológica por la espalda.

El CAMARERO le ha servido la Coca-Cola a ÁNGELA mientras MIGUEL hablaba. Ella ha bebido un traguito muy corto.

ÁNGELA

¿Se llevaba bien con él?

MIGUEL

Cuando uno escribe en los periódicos todos los días desde hace veinticinco años no se lleva bien ni con su sombra. Te soportan, y punto. ¿Te puedo robar un trago?

ÁNGELA estaba bebiendo de nuevo y le tiende su vaso de Coca-Cola.

Él gira la boca del vaso para beber por el lugar exacto en el que ella puso sus labios.

Es un gesto provocativo, pero no subrayado.

MIGUEL

El doctor Bramón, mi médico, me ha prohibido la Coca-Cola. Me ha prohibido la Coca-Cola, el café, el whisky y el tabaco.

ÁNGELA

Veo que no le hace mucho caso.

MIGUEL

Exactamente al veinticinco por ciento. Así cuando me muera la culpa estará un poco repartida. Ese es un buen final. «El médico me ha prohibido la Coca-Cola. Pero no me ha prohibido las chicas que beben CocaCola.»

Lo va diciendo con la cadencia con que lo teclea en la máquina.
Y saca el folio que da por concluido el artículo.

ÁNGELA

¿Habla de mí?

MIGUEL

Yo solo hablo de mí. Incluso cuando hablo de otros solo hablo de mí.

ÁNGELA parece algo decepcionada, él se finge hermético.

MIGUEL

¿Has traído eso?

La pregunta sorprende un poco a ÁNGELA, que se revuelve en la silla.
Abre su bolso sin quitarlo del respaldo y saca unas hojas de papel.
Son unos folios de impresora de ordenador, con agujeros en los lados.

MIGUEL

¿Qué es esto? Parece un balance del Banco Central.

ÁNGELA

Es una copia. Lo tengo que entregar en septiembre.

MIGUEL

¿Es lo que has hecho conmigo? ¿Un resumen contable? ¿O una necrológica?

MIGUEL despliega las hojas de la impresora.

ÁNGELA

No sé muy bien. Mientras me aprueben...

MIGUEL

Lo que no entiendo es por qué te suspendieron. ¿Acaso los profesores ya no aprueban automáticamente a las alumnas hermosas? De verdad, vivimos tiempos decadentes.

ÁNGELA

No fui nunca a su clase. Es un gilipollas.

MIGUEL

Ah, entonces te suspendió porque no ibas a su clase. Yo habría hecho lo mismo. Te suspendió por melancolía de viejo, al ver tu pupitre vacío.

ÁNGELA

No es tan viejo, pero se dedicaba a leer su libro patético de redacción periodística en voz alta. Al final no iba nadie a su clase.

MIGUEL se toma una pausa, antes de dejar escapar con sorna su autoridad.

MIGUEL

Profesores de Periodismo... ¿Acaso a los perros se les da clase para ser perro?

ÁNGELA

Tenemos que entregar una entrevista reportajeada... para aprobar en septiembre.

ÁNGELA habla mientras observa cómo MIGUEL lee las hojas por encima.

MIGUEL

¿Y cuántas has dejado para septiembre?

ÁNGELA

Dos...

MIGUEL

Yo he dejado todo para septiembre.

MIGUEL termina de repasar las páginas escritas por ella.

MIGUEL

Es muy largo. A los periódicos no les interesa nada que sea largo. Cada vez quieren cosas más cortas. *Píldoras*, lo llaman. Ahora todo se cura con píldoras.

ÁNGELA está incómoda al sentirse juzgada por lo escrito para la asignatura. Seguramente no es la literatura personal de la que se siente más orgullosa.

ÁNGELA

La intención no era publicarlo.

MIGUEL

Ven, siéntate aquí. Estás muy lejos.

MIGUEL le hace un sitio en el lado de la mesa donde está sentado.

Ella se levanta con timidez y se sienta a su lado.

Evita las miradas de la concurrencia, si las hubiera, y de algún camarero.

MIGUEL

No me interesan nada estas cosas que digo. ¿Por qué os empeñáis en preguntar cómo se escribe un artículo, cómo se hace una novela? ¿Si uno se acuesta tarde o si escribe en casa o en los cafés? Os creéis que el secreto está en alguna fórmula que podéis robar con media hora de preguntas. No, el secreto de esto está en dejarse la vida en ello.

MIGUEL habla muy cerca de ella, ahora lee algo de lo que ÁNGELA ha escrito.

MIGUEL

«Detrás de la pose de irónico y deslenguado, late un niño, puede que un niño terrible, pero un niño al fin y al cabo, que escribe como habla, porque escribe tanto como habla.»

MIGUEL ha leído un fragmento y sin dejar de leer lo siguiente lo comenta.

MIGUEL

Me copias el estilo. En ti es impostado. ¿Y si entrevistaras a Felipe González escribirías el reportaje con acento andaluz? Para entrevistar a un futbolista no hay que vestirse de futbolista, ni siquiera hay que saber de fútbol.

ÁNGELA tiene la sensación abrumadora de que la están riñendo.

MIGUEL

No te contagies, un periodista no es un camaleón. Y todo lo que dices son tópicos. No vale nada. Das pellizcos. Hay que escribir a navajazos. No a pellizcos...

MIGUEL continúa leyendo, mientras farfulla.

MIGUEL

Bueno..., mejor...

Hay algo que le hace sonreír y detenerse en la lectura.

MIGUEL

¿Así que mis gafas no son para defenderme de las miradas de los otros, sino para defender a los otros de mi mirada? Eso me gusta. ¿Acaso no te sirven de lo mismo tus gafas? ¿Con esa pinta de Rosa León que llevas? El aspecto no es algo que nos inventamos para los demás, como creen los estilistas y los tontos, nuestro aspecto es nuestra barricada. Estamos parapetados detrás, defendiendo el rancho...

Termina de hojear las páginas sin leerlas y las posa sobre la mesa.

MIGUEL

Tú vales para esto... Sí... Escribir es como ser actor de cine, no sirve para nada si no te quiere la cámara. Y a ti te quiere la cámara, de eso no hay duda.

Ha dicho esta última frase girándose hacia ella, el rostro muy cerca.

MIGUEL

¿Me lo puedo quedar?

ÁNGELA

Claro.

MIGUEL

¿Tienes prisa?

ÁNGELA

No...

MIGUEL

¿Has avisado en casa de que vas a ir a comer tarde?

Hay algo de lobo frente a Caperucita en su intimidad delicada.

ÁNGELA

No he dicho nada, pero no me esperan.

MIGUEL

A mí sí, pero puedo llegar tarde. O no llegar nunca. Mira, busca en el bolsillo de la derecha.

ÁNGELA se vuelve y revisa los bolsillos de la chaqueta de MIGUEL. Estaba doblada a su lado, pero la apartó para abrirle hueco a ella. ÁNGELA saca la cartera de MIGUEL, pero él niega con la cabeza, no busca eso. Pero ÁNGELA, divertida, no puede evitar curiosear el interior.

MIGUEL

No busques fotos de hijos.

Pero ÁNGELA extrae el carnet de identidad azul y gastado en los bordes.

MIGUEL

La finalidad del carnet de identidad es recordarnos a todos que somos gilipollas. Gilipollas hijos de otros gilipollas, residentes en cualquier ciudad de gilipollas. ¿Hay alguien que no parezca gilipollas en su foto del carnet de identidad?

ÁNGELA

¿Rodríguez?

ÁNGELA ha leído el apellido real de MIGUEL con cierta sorpresa.

MIGUEL apaga el cigarrillo en el cenicero, divertido por la revelación.

MIGUEL

Yo también uso nombre artístico, como Sarita Montiel.

ÁNGELA sonrío al ver otro dato.

ÁNGELA

Está caducado.

MIGUEL

No puedo estar más de acuerdo.

Ella guarda finalmente la cartera y sigue buscando. Saca un frasquito diminuto con cinco pastillas.

ÁNGELA

¿Órdenes del médico?

MIGUEL

No, son *anfetas*. Te ofrecería una, pero no soy un corruptor de jovencitas.

Devuelve las pastillas al bolsillo de la chaqueta.

Del bolsillo de la derecha ÁNGELA saca un llavero lleno de llaves.

Él no las coge, así que ella termina por posarlas sobre el mármol.

MIGUEL

Son las llaves del estudio de un amigo. Es pintor. Él está en la sierra para ahorrarse el calor.

ÁNGELA se queda callada, mira las llaves sobre la mesa. MIGUEL la corteja con esforzada inocencia.

MIGUEL

Se las pedí antes de llamarte. Luego probé suerte.

ÁNGELA

Me sorprendió que me llamara.

MIGUEL

¿De verdad te sorprendió?

ÁNGELA

Pensé que me había concedido la entrevista, pero que no le interesaría leer lo que yo había escrito.

MIGUEL

No te llamé porque me interesara leer lo que habías escrito. Te llamé porque me interesabas tú...

Una mujer de unos cuarenta años se ha levantado en una mesa cercana. Ha estado mirando hacia ellos desde hace un rato.

MIGUEL

¿Era muy tarde?

ÁNGELA

Estábamos cenando. No les dije quién era, claro, a mis padres.

La mujer se acerca desde su mesa a la de MIGUEL y ÁNGELA. Trae una servilleta en la mano y un boli que le tiende a MIGUEL.

MUJER

¿Le importaría firmarme?

MIGUEL

Claro...

MUJER

Para Sonia...

MIGUEL comienza a escribir la dedicatoria.

MUJER

Le leo todos los días. Me encantan sus artículos.

MIGUEL

Yo no escribo para que me lean, yo escribo para que me paguen.

MIGUEL mira de reojo a ÁNGELA, que ha sonreído.

MIGUEL escribe una dedicatoria y su firma con cierta prisa. La mujer y ÁNGELA intercambian una sonrisa nerviosa.

MIGUEL le tiende el autógrafo a la mujer, que trata de leerlo allí de pie.

MUJER

Perdón, ¿qué pone?

MIGUEL

«Para Sonia, que carece del don de la oportunidad. Con un beso...»

ÁNGELA sonrío, la mujer no tanto, aunque da las gracias. MIGUEL apenas esboza una sonrisa.

ÁNGELA y MIGUEL se quedan a solas y en silencio.

MIGUEL

¿Entonces?

ÁNGELA tarda una eternidad en poder alcanzar a decir:

ÁNGELA

No sé...

MIGUEL le acaricia la mano que ha posado sobre la mesa. Es un instante que se hace largo.

Él le habla muy cerca a ella.

MIGUEL

No soporto que nos interrumpan, que nos miren. Quiero pasar contigo las próximas dos horas sin que nadie se entrometa.

ÁNGELA parece a punto de decidirse.

MIGUEL

Solo quiero conocerte mejor... ÁNGELA no duda que las intenciones de MIGUEL son sexuales, pero le cuesta negarse.

Hay algo en conseguir la intimidad con él que le atrae como un logro personal.

MIGUEL

... Y que tú me conozcas mejor. ¿No es eso lo que querías cuando me pediste la entrevista?

Hay un instante parecido a un duelo entre las miradas del uno y la otra.

MIGUEL empuja el llavero por encima del mármol hasta que roza la mano de ÁNGELA.

MIGUEL

Coge las llaves y espérame en la puerta.

Con un gesto, MIGUEL hace venir al CAMARERO.

ÁNGELA recoge las llaves y toma su bolso. Va hacia la puerta giratoria.

MIGUEL la observa alejarse entre las mesas del café. Repara en el CAMARERO, que al cruzarse con ella se ha vuelto para mirarle el culo y ahora se acerca a su mesa con sonrisa algo sórdida.

MIGUEL

Borra esa sonrisa de tu cara y como buen comunista alégrate por el triunfo de un hermano. Voy a necesitar una botella de whisky... Me guardas la máquina y el artículo se lo das al motorista del periódico que vendrá a las dos...

CAMARERO

Muy bien...

MIGUEL

Te cobras de aquí, y con la vuelta ahogas la envidia y el rencor que te corroen...

CAMARERO

Gracias don MIGUEL.

MIGUEL se levanta y, poniéndose la chaqueta, sale hacia la calle.

Al cruzar la barra el CAMARERO le entrega la botella de whisky y más tabaco.

Al otro lado de la puerta de cristal de salida se reencuentra con ÁNGELA.

La toma por el codo y hace una seña a un taxi libre que pasa por la calle.

En la oscuridad total.

La puerta enorme de un viejo portal del centro se abre con dificultad.

ÁNGELA ha metido la llave y ahora trata de vencer el peso. El sombrío portal se ilumina con la luz de la calle.

Ella termina de sacar la llave de la cerradura antes de entrar.

MIGUEL, al pasar, revisa con la mirada los buzones metálicos y gastados.

MIGUEL

Tercero derecha...

Él le cede el paso a ella para que lo preceda escaleras arriba. No hay ni rastro de ascensor y las escaleras de madera crujen a su paso.

ÁNGELA trata de devolverle las llaves a MIGUEL, pero él se niega a cogerlas.

MIGUEL

Tú, tú. Llévalas tú.

Hace calor y a ÁNGELA le cuesta arrancar a subir escaleras. MIGUEL comienza a respirar pesadamente tras ella.

Las sandalias de ÁNGELA suenan como un palmetazo en cada escalón.

MIGUEL

Me gustan tus sandalias, parece que me aplauden...

ÁNGELA sonrío, pero MIGUEL sigue detrás de ella, sin ponerse a la altura.

Lleva los ojos clavados en el culo de ÁNGELA, dibujado en el pantalón.

La subida completa es casi un diálogo entre los ojos de MIGUEL y el culo de ella.

En uno de los rellanos, ella, algo divertida pero nerviosa, le dice:

ÁNGELA

¿No vas a dejar de mirarme el culo?

MIGUEL

No. Salvo que me obligues por la fuerza.

Ella sonrío, él lo ha dicho secamente.

ÁNGELA

¿Y el médico no te dijo nada de los terceros pisos sin ascensor?

MIGUEL

Si mi médico estuviera aquí me diría que tú eres la medicina que todo lo cura...

El último piso de viejos escalones lo suben sin hablar.

MIGUEL señala la puerta que les corresponde.

ÁNGELA prueba las llaves hasta dar con la que abre.

Tiene algo de erótico el probar una llave detrás de otra.

La mirada persistente de MIGUEL se da cuenta del detalle, que no deja pasar.

MIGUEL

Tiene algo de fornicar esto de dar con la llave. ¿No te parece?

ÁNGELA

No sé...

MIGUEL

Todos los tesoros están bajo llave.

Y poco después entra la llave correcta, sin esfuerzo.

La cerradura gira y la vieja puerta de madera se abre.

Es un piso enorme con contraventanas cerradas, bastante oscuro.

Se agradece la temperatura, no castigada por el sol de mediodía.

Tras el hall hay una enorme sala que hace de estudio de pintura.

Hay cuadros terminados y a medio terminar.

Son la obra de un pintor abstracto, digamos a la manera de un Tàpies.

Hay cuadros enormes, trapos manchados, botes, pinceles resecos.

El espacio es hermoso y ÁNGELA así lo aprecia.

Ella se dedica a mirar algunas pinturas vueltas contra la pared.

MIGUEL ha encontrado la cocina y sirve dos vasos de whisky. Sujeta los dos vasos con la misma mano y ofrece uno a ÁNGELA.

MIGUEL

Es algo muy femenino eso de curiosearlo todo. ¿Acaso hemos venido a ver pintura?

ÁNGELA

¿Es bueno?

MIGUEL

Es mi amigo.

Para acercarse a ella, Miguel pisotea un par de telas tiradas en el suelo.

ÁNGELA

Cuidado, lo pisas...

MIGUEL

A él le gusta. Dice que los cuadros tienen que estar manchados. La literatura es igual. Toda esa gente que protege su creación de la materia viva está equivocada. Nada tendría que escapar a la vida... Solo las manchas tienen interés y las cicatrices...

ÁNGELA rechaza con un gesto de la mano la bebida.

MIGUEL

No fastidies, vamos. El tiempo de la Coca-Cola se acabó.

ÁNGELA

¿Con el estómago vacío?

MIGUEL

Como mejor sienta.

ÁNGELA da un traguito corto a la bebida de adultos que apenas ha probado antes.

ÁNGELA

Sabe a caramelo...

MIGUEL mira ahora el estudio que le rodea.

MIGUEL

Siempre he envidiado a los pintores. Ellos no necesitan las palabras...

ÁNGELA

Pero si las usas bien..., las palabras, me refiero...

MIGUEL

Pero no se tocan, no huelen... Por eso son odiosos los museos. No te dejan tocar, los cuadros ya no huelen. Lo hermoso debía ser oler *Las Meninas* recién pintadas, ¿no?

MIGUEL se detiene frente a ÁNGELA, muy cerca de ella.

MIGUEL

La historia de la literatura es la historia de la pelea para contar las cosas con palabras... ¿Cómo cuentas esto, por ejemplo?

MIGUEL está pasando su mano por el rostro de ÁNGELA.

Muy despacio, como si fuera un pintor descubriendo los rasgos de su modelo.

Posa el vaso de whisky sobre un caballete próximo.

Abre una contraventana cercana para que la luz le dé sobre el rostro.

Le quita delicadamente las gafas de metal a ÁNGELA.

MIGUEL

Hay demasiadas gafas entre nosotros. Y lo que yo veo tiene más interés que lo que tú ves.

MIGUEL posa las gafas cerca de donde ha dejado el vaso.

Luego, muy lentamente, se acerca a besar a ÁNGELA en los labios.

Ella le deja hacer, pero trata de restarle erotismo al contacto. Por eso cuando MIGUEL posa una mano en el seno de ella, ÁNGELA se aparta.

ÁNGELA

No..., mejor no...

MIGUEL

¿Mejor para ti o mejor para mí?

ÁNGELA

No sé, es un poco raro... todo...

MIGUEL no parece ni sorprendido ni decepcionado.

MIGUEL

¿Sabes que han dejado de gustarme los besos? Los besos son estupendos en la adolescencia, cuando dar un beso es alcanzar la cima de la montaña. Luego los besos empiezan a saber a trámite, como rellenar una instancia, estás deseando firmar y pasar a otra cosa.

ÁNGELA

A lo mejor es que hay un número de besos limitado que uno puede disfrutar.

MIGUEL

Puede ser. A mí me debe quedar el último puñado...

MIGUEL atrapa su vaso y bebe un trago.

Va a recuperar la botella de whisky y la coge con la misma mano que el vaso.

Retrocede hasta encontrar a ÁNGELA, que ha vuelto a beber levemente.

La coge de la mano y la lleva tras de sí, conduciéndola a través del estudio.

MIGUEL

Ven.

Muy lentamente, MIGUEL avanza entre el desorden hasta dar con otra puerta.

La empuja para que se abra del todo con el pie, pero sin violencia.

Es un dormitorio grande con una cama de matrimonio hecha.

ÁNGELA libera su mano al verle entrar en el cuarto.

MIGUEL camina hasta la cama y se sienta en un lado del colchón.

Posa la botella de whisky sobre la mesilla de madera.

Se acomoda con el vaso entre las manos y estira las piernas sobre el colchón.

Se sienta con la espalda apoyada sobre la pared del cabecero. ÁNGELA se ha quedado de pie, al otro lado de la puerta del dormitorio.

MIGUEL enciende un cigarrillo con parsimonia.

MIGUEL

Me gustaría que te desnudaras para mí.

ÁNGELA sonrío como si esa fuera la respuesta más cercana a un «no».

Pero MIGUEL no dice nada más. Solo fuma y bebe.

No deja en ningún instante de mirarla con intensidad.

MIGUEL

Si quieres no lo hagas como algo erótico. Hazlo como algo artístico, como un regalo donde me permites apreciar tu belleza.

Ella sigue con escepticismo el razonamiento de MIGUEL.

Él ahora se ha cogido las manos por detrás de la espalda, algo teatral.

MIGUEL

Pongo las manos atrás. No voy a moverme. Solo mirar. Como si paseara por el Museo del Prado.

ÁNGELA

No..., no me voy a desnudar...

MIGUEL

Yo me desnudé para ti. Viniste a quitármelo todo. Deja que yo te quite algo. Al menos la ropa.

MIGUEL se saca con los pies los zapatos y deja que caigan al suelo.

Se quita la chaqueta sin dejar ni el cigarrillo ni el vaso de whisky.

Está acomodado y sigue esperando que ella dé el primer paso.

MIGUEL

Quisiste conocerme pensando: «¿A ver qué puede enseñarme este?» A ver si podías exprimirme un poco más, más de lo que yo me he exprimido a mí mismo a lo largo de todos estos años. Pero tú querías ver si quedaba algo para ti. Y creo que he sido fiel a mi caricatura, ¿no? Yo soy esto. ¿Esperabas otra cosa? ¿Esperabas otra cosa cuando accediste a venir, cuando subías esa escalera hace un momento? ¿Esperabas que no quisiera acostarme contigo? ¿Que no te pidiera que te quitaras la ropa para mí? Ser previsible debería ser una obligación...

MIGUEL da vueltas al ingenio para recuperar la intimidad perdida entre ellos.

ÁNGELA

Yo solo quería conocerte, escucharte hablar...

MIGUEL

Me estás conociendo, te estoy hablando...

ÁNGELA

Te admiro como escritor...

MIGUEL

Me disculpas si yo quiero admirar de ti algo bastante más físico y palpable que tu talento..., que estoy seguro de que lo tienes, pero en mi vida ya he conocido a la suficiente gente con talento y sin embargo aún aspiro a conocer cuerpos, detalles de la piel, secretos de la carne que ignoro...

ÁNGELA se tensa, incapaz de tomar la iniciativa o responder algo.

Querría irse, pero se siente también privilegiada de vivir ese momento.

MIGUEL

Por desgracia no tenemos todo el día...

Y MIGUEL vuelve a esperar parapetado tras el cigarrillo. Se vuelve a servir más whisky y le ofrece a ella.

ÁNGELA

Será mejor que me vaya...

MIGUEL

No será mejor, pero lo entenderé... Toda la vida he intentado pescar en mi red los peces inmensos que la vida te ofrece, pero ahora la red está vieja y rota y los peces, incluso los peces más pequeños y sin importancia, se escapan por los agujeros... Alguna vez, quizá, tendrás esta sensación, como escritora, como persona... Entonces me gustaría que te acordaras de hoy con una sonrisa generosa. «Al menos él lo intentó», podrás decir de mí.

ÁNGELA se siente atraída por sus palabras, querría irse, pero no dejar de oírle.

ÁNGELA

No..., no me voy a desnudar así... aquí...

Pero MIGUEL no parece inmutarse, permanece inmóvil, la vista fija en ella.

MIGUEL

Antes, cuando me pasaba algo interesante en la vida, solo pensaba en ir corriendo a escribirlo. Ahora dejaría gustoso de escribir a cambio de que me pasara algo... En el fondo lo que me molesta es que no vaya a pasar nada hoy aquí...

ÁNGELA

Lo siento...

MIGUEL

Tranquila, debí haberlo sabido al verte en vaqueros. Los pantalones vaqueros se inventaron para no quitárselos en toda la jornada. Para ir a caballo al establo y luego a buscar el ganado al valle. En las películas del Oeste no se quitan los pantalones ni para dormir. Son imposibles para un striptease. Por eso llevan las pistolas por fuera...

Hay algo de impotencia en la retórica de él, como si le diera miedo el silencio.

ÁNGELA se termina el whisky de su vaso y lo posa en el suelo. Parece que ha tomado la decisión de marcharse y va a hacerlo sin despedirse.

MIGUEL no aparta los ojos de ella, pero ÁNGELA desaparece de su vista.

La pared no le deja ver, el marco de la puerta muestra la habitación vacía.

Se escucha un ligero ruido, como si ÁNGELA se moviera hacia la salida.

MIGUEL parece triste, pero la decepción aún deja un rastro de esperanza.

De pronto, ÁNGELA reaparece encuadrada en el umbral de la puerta.

Está desnuda salvo por la camisa abierta, con las manos cogidas a la altura del pubis, que entre ambas ocultan.

El corazón parece latirle a mil por hora.

MIGUEL no se mueve, salvo para dejar iniciarse una sonrisa en sus labios.

MIGUEL

Por dentro estoy aplaudiendo...

ÁNGELA

Un poco de música ayudaría.

MIGUEL

La música estorba siempre. En el cine la usan como señales de tráfico para los espectadores: ahora se tienen que emocionar, ahora que reír, ahora que temblar. Yo sé exactamente cómo me tengo que sentir ahora mismo.

ÁNGELA no acaba de vencer la timidez, se mueve un poco. Ahora MIGUEL se suelta la cintura del pantalón.

Y se baja la cremallera, pero todo sin variar su postura.

Y sin dejar el cigarrillo ni el vaso de whisky.

MIGUEL

El gorila se despereza. Mérito tuyo despertarlo. ¿Vienes?

ÁNGELA se relaja antes de decidir acercarse.

Camina hasta su lado de la cama y él toca el colchón.

MIGUEL la invita a sentarse junto a él y ella lo hace aunque con distancia.

MIGUEL le acaricia el rostro y los hombros con un dedo.

Descubre las pinturas abandonadas a sus pies y mancha uno de sus dedos.

El dedo de MIGUEL se desliza bajo uno de los pechos de ÁNGELA.

Deja un rastro azul en la piel de ella, como un trazo dibujado.

Luego marca una línea a través del vientre de ÁNGELA.

Como si pintara un Matisse en tres pinceladas.

MIGUEL

¿Cómo sale uno vivo después de abrazarse aquí?

MIGUEL vuelve a acariciar los senos de ÁNGELA con sus dedos largos y finos.

ÁNGELA

Hace calor... Me voy a dar una ducha...

Pero cuando se levanta, MIGUEL sujeta el cuello de la camisa.

La camisa se desliza por su espalda.

Con un pequeño tirón salen las mangas por las muñecas de ÁNGELA.

Se queda completamente desnuda dando la espalda a MIGUEL.

MIGUEL

Quieta.

MIGUEL se queda mirando su espalda desnuda y su culo. Están muy cerca de su cara y respira profundamente.

Ella no se mueve, obedeciendo la orden de él.

Y el momento parece eternizarse.

MIGUEL enciende otro cigarrillo con toda parsimonia.

Frente al culo de ella, solo le falta ofrecerle un pitillo.

ÁNGELA

¿Sabes que estás bastante loco?

Ella echa a andar y sale al estudio al otro lado de la puerta. MIGUEL la observa caminar y la pierde de vista cuando gira hacia el baño.

Escucha el ruido del agua caer en la ducha.

En el cuarto de baño entra el sol desde un ventanuco elevado.
Es casi un respiradero con láminas de cristal esmerilado.
El lugar está alicatado de un color que aspira a verde.
Los grifos son viejos, también el lavabo y el inodoro.
El suelo es de terrazo blanco y el conjunto parece un frío antonio lópez.
MIGUEL ha llegado a la puerta entornada y la empuja.
ÁNGELA ha corrido la cortina y se está duchando al otro lado.
En el marco de la puerta, MIGUEL termina de desnudarse.
Deja que la ropa caiga al suelo.
Aunque se termina el cigarrillo.
Ella cierra el grifo, descorre la cortina y le ve ahí parado, desnudo.
Le mira con cierta timidez, pero con una sonrisa de picardía.
Busca una toalla y MIGUEL le tiende una pequeña, de manos.
La única que hay a la vista.

ÁNGELA

El gorila ha vuelto a dormirse.

Y sonrío divertida.
MIGUEL da un paso adelante y entra en el cuarto de baño.
Apaga el cigarrillo con el grifo del lavabo y lo deja junto al jabón.
Se da la vuelta y cierra la puerta para abrirse paso a la bañera.
Ella se está terminando de secar y usa la toallita de parapeto.
Cuando termina, MIGUEL la ayuda a salir de la bañera.
Luego entra él.
Abre el grifo de la ducha.

MIGUEL

Está helada.

ÁNGELA sonrío, terminando de secarse.
MIGUEL da un paso al frente y se mete por fin bajo el agua.

MIGUEL

Es horrible. El agua helada me recuerda a mi infancia.

ÁNGELA cuelga la toalla de la barra de la cortina de ducha. Así él la tendrá cerca cuando quiera secarse.

MIGUEL

Ah, ah... Creo que voy a morirme...

ÁNGELA trata de abrir la puerta, pero se ha quedado atrancada.
Lo intenta dos y tres veces más, pero no consigue volver a abrirla.
MIGUEL no le presta atención, aunque ha cerrado el grifo de la ducha.

MIGUEL

No sé si el gorila va a sobrevivir a esto.

ÁNGELA

Prefiero irme. No te enfadas, ¿verdad?

MIGUEL alcanza la toallita que le dejó ÁNGELA y comienza a secarse.
Recupera de la jabonera sus gafas y se las pone.
ÁNGELA intenta abrir por última vez la puerta, que no cede.

ÁNGELA

No se abre.

MIGUEL

¿No?

MIGUEL hace un primer intento, con la toalla en las manos. Al no conseguir abrirla, termina de secarse y deja la toalla sobre el lavabo.

Sin prisa, vuelve a probar con la puerta.

Una, dos, tres veces.

Azorado, da un paso atrás.

ÁNGELA prueba de nuevo, ahora ya con todas sus fuerzas.

Cuando ella desiste, MIGUEL vuelve a intentarlo.

Ahora tira y mueve el picaporte y empuja a empujones.

MIGUEL

No me jodas...

ÁNGELA

Qué absurdo... ¿Por qué has cerrado?

MIGUEL

¿Qué? ¿Y yo que sé por qué he cerrado? No sé... Porque las puertas están para cerrarse.

ÁNGELA

Si luego se abren...

MIGUEL

¿Cómo no se va a abrir?

MIGUEL golpea con sus puños la puerta.

Pero no es un hombre que posea excesiva fuerza.

Luego pega un golpe con su hombro, por si se hubiera encajado.

Pero se hace daño en el hombro.

MIGUEL

Joder, me cago en...

Algo desesperado se sienta en el borde de la bañera. ÁNGELA le releva. Estudia la puerta con atención.

ÁNGELA

Está encajada...

MIGUEL

Ya lo sé que está encajada...

ÁNGELA

Espera, ven, tira conmigo.

Las cuatro manos agarran el picaporte y tiran con todas sus fuerzas.

Los cuerpos de ÁNGELA y de MIGUEL, desnudos, están pegados.

El cuerpo de ella es hermoso, joven, rebosante de salud.

MIGUEL está delgado, blanquecino, sin musculatura.

ÁNGELA

No, es imposible.

MIGUEL

Ostias.

MIGUEL comienza a revisar alrededor buscando algo para ayudarse.

MIGUEL

No me jodas...

Finalmente abre el armarito del espejo.

Pasta dentífrica, un cepillo de pelo, otro de dientes, una colonia gastada.

Una cuchilla de afeitar y un bote de crema sin pintura en la parte baja.

Primero trata de meter el puño del cepillo del pelo por el hueco de la puerta.

Es demasiado ancho.

Se da la vuelta y coge el cepillo de dientes.

Lo trata de meter por la ranura que hay entre la puerta y el marco.

Lo intenta por el lado del suelo, luego por el lado más alto. Nada, es imposible.

MIGUEL

Me cago en todo.

Comienza a golpear con el cepillo de dientes en la puerta.

En un raptó total de impotencia.

ÁNGELA se aparta un poco al verle tan fuera de sí.

El cepillo se parte por el mango y MIGUEL se hace daño en la mano.

MIGUEL

Ahhh... Joder.

Tira al suelo lo que queda del cepillo, desesperado. ÁNGELA no puede evitar una sonrisa.

MIGUEL

¿Y tú de qué te ríes?

ÁNGELA

No sé, es ridículo...

MIGUEL

Sí, claro, ya veo que es ridículo, no hace falta que me lo digas...

ÁNGELA

¿No puedes llamar a tu amigo?

ÁNGELA se aparta un poco más, sus piernas rozan el inodoro.

MIGUEL

Sí, claro... Alcánzame el teléfono, por favor.

ÁNGELA traga saliva.

Le incomoda más la actitud de él que la situación en sí.

Se sienta sobre la tapa del inodoro y le gustaría hacerse invisible.

MIGUEL es consciente, por primera vez, de la situación irreversible.

Allí, desnudo, incapaz de pelearse más con una puerta de madera blanca.

Apoya las manos sobre el lavabo y trata de pensar.

De pronto es consciente de su desnudez, de su cuerpo algo ajado.

Toma la pequeña toalla de manos y se envuelve la cintura. Parece un ejecutivo venido a menos en una sauna barata.

ÁNGELA comienza a gritar, primero débilmente, luego más fuerte.

ÁNGELA

Eooo... Eeee. ¿Hay alguien? Nos hemos quedado encerrados.

Dirige su voz hacia el ventanuco elevado que sirve de respiradero.

MIGUEL

¿Qué haces?

ÁNGELA

Alguien nos tendrá que abrir.

MIGUEL

Vas a montar un escándalo...

ÁNGELA

¿Qué escándalo? Voy a llamar a alguien... Alguien nos oirá.

MIGUEL

¿Y qué le decimos?

ÁNGELA

Que vengan a abrirnos.

ÁNGELA habla sin autoridad, como si de nuevo estuviera equivocada.

MIGUEL

¿Y que llamen a los bomberos? Espera..., tiene que haber algo menos escandaloso.

MIGUEL se sienta sobre el filo de la bañera.

Desde allí lanza dos patadas a la madera de la puerta. Se hace un daño tremendo en el talón.

Se lo acaricia para calmarse el dolor.

ÁNGELA

¿Te has hecho daño?

MIGUEL

Digamos que no soy el típico tío que rompe una puerta a puñetazos.

ÁNGELA

No, no, ya lo veo...

MIGUEL

Esto es absolutamente demencial. Luis no vendrá hasta el lunes a pintar...

ÁNGELA

¿Dos días aquí encerrados?

MIGUEL

Cuando falte esta tarde mi mujer se pondrá nerviosa, pero hasta mañana no creo...

ÁNGELA

¿Que llame a la policía? Creo que mis viejos se pondrán histéricos bastante antes.

MIGUEL

Si van a la policía la hemos cagado. ¿Sabían que estabas conmigo?

ÁNGELA balancea la cabeza negativamente.

MIGUEL

A ver, eso no va a pasar. Vamos a salir de aquí antes...

MIGUEL levanta la cabeza y repara en el ventanuco respiradero.

Con un pie en el borde de la bañera y otro en el inodoro alcanzaría.

ÁNGELA se retira un poco para dejarle trepar.

Apenas llega a asomar los ojos por el ventanuco que da a un patio interior.

Se agarra con la punta de los dedos y comienza a gritar.

MIGUEL

¡Vecinos! ¡Vecinos! ¿Hay alguien? Oiga. Estamos aquí, en el tercero derecha.

ÁNGELA

Izquierda.

MIGUEL

¡Vecinos! ¡Vecinos! Oiga. ¿Alguien me escucha?

MIGUEL se queda en silencio tratando de escuchar alguna respuesta.

Pero le llega el silencio de un patio interior, quizá el tráfico lejano.

MIGUEL

No puedo creer que no haya nadie.

Y vuelve a intentarlo desesperadamente.

MIGUEL

¡Vecinos! ¡Ehhhhh! ¡Vecinos! ¡Vecinos!

Se queda parado, allí de pie, sin saber muy bien qué hacer. Mira hacia abajo y ve a ÁNGELA que le está mirando.

Balancea la cabeza, hace un último intento sin mucha fe.

MIGUEL

¡Vecinos!

Con parsimonia desciende de su posición elevada e inútil. De pie, apoya la espalda contra la pared de azulejos.

MIGUEL

Alguien aparecerá...

Por primera vez, ÁNGELA cruza los brazos para cubrirse la desnudez.

MIGUEL

¿Solo hay esta toalla?

MIGUEL mira alrededor.

La bañera tiene un poco de óxido en el fondo.

El lugar no está ni muy nuevo ni muy limpio.

MIGUEL se quita la toallita de la cintura y se la tiende a ÁNGELA.

MIGUEL

Toma.

ÁNGELA la coge sin levantarse y se la pone por encima, sin anudarla.

MIGUEL, divertido, se rodea el cuerpo con la parte baja de la cortina de ducha.

MIGUEL

Romanos, compatriotas, amigos. Prestadme oídos.

ÁNGELA levanta la mirada y sonrío por primera vez desde el encierro.

MIGUEL

¿Qué haría Shakespeare en un caso así? No es lo mismo dos personas que quieren estar juntas, que dos personas forzadas a estar juntas. Cambia el argumento de la obra. ¿Es una tragedia o es una comedia? ¿Tú qué crees, ÁNGELA?

ÁNGELA se encoge de hombros, sin ganas de contestar.

ÁNGELA

Hasta que mis padres se enteren, quizá una comedia...

MIGUEL

¿Y después?

ÁNGELA

Tragedia... y con muertos...

Ella deja caer la cabeza, prefiere no pensar.

MIGUEL

Ahora los padres no son como los de antes...

ÁNGELA

Mi padre es de los de antes...

MIGUEL

¿En qué trabaja?

ÁNGELA

Es militar.

MIGUEL

No me jodas. Con pistola, encima. ¿De qué cuerpo?

ÁNGELA

Es teniente coronel de la Comandancia de Madrid...

MIGUEL

¿Cómo se llama?

ÁNGELA

Soriano Castroviejo.

MIGUEL

¿Tu padre es Serafín Soriano Castroviejo?

ÁNGELA asiente con la cabeza.

MIGUEL

Tú entonces eres hermana de Isabelita, pero ¿cuántos años os lleváis?

ÁNGELA

Es mi hermana mayor. Somos ocho.

MIGUEL

Ocho...

ÁNGELA

Me lleva diecisiete años.

MIGUEL se detiene. Repara por primera vez en la enorme diferencia de edad.

MIGUEL

A tu hermana la conocí cuando estaba en el grupo de teatro universitario y hacían montajes por ahí... Bueno, y era la novia de...

ÁNGELA

Es su marido, tienen dos hijos...

MIGUEL

Era una tía estupenda. Y estaba estupenda. Yo no conseguí follármela jamás, pero me gustaba muchísimo. Tenía un pelazo negro...

ÁNGELA

No nos parecemos en nada...

MIGUEL

Sí, en que quizá tampoco consiga follar contigo...

ÁNGELA

En eso puede ser...

Poco a poco recuperan la cordialidad perdida en el forcejeo con la puerta.

MIGUEL

Pero tu padre en la época era un fascista redomado... Era de los que si les nombrabas la democracia echaban mano de la pistola... Menuda gente... Yo tuve dos juicios militares por dos chorradas de artículos, en el setenta y pocos y ya después de muerto Franco, por ofensas a los militares, bueno, tú ni te acordarás, eras una niña.

ÁNGELA

De Tejero me acuerdo.

MIGUEL

Eso fue ayer...

Ambos parecen haberse relajado, y también sus gestos corporales.

ÁNGELA

Tenía doce años... Mi padre ya estaba jubilado... Me tuvo con cincuenta y cuatro años... La gente siempre piensa que es mi abuelo...

MIGUEL

Yo también podría ser tu abuelo...

ÁNGELA

Sí.

MIGUEL tarda un poco en reaccionar, pero lo hace sin gravedad.

MIGUEL

Y tu padre tira de pistola y a mí me capan. Joder, me va a salir cara la aventura... En una época tuve a unos de seguridad del Estado que me seguían a veces, me daban toques, ya sabes, pequeños detalles para que no te olvides que te tienen controlado. Y en una época estuve acojonado, fíjate qué chorrada, porque me follé a un travesti y pensé, yo qué sé, que se lo venderían al *Interviú* o a alguna de esas revistas, para joderme un rato... Vivías así de acojonado... Ahora los socialistas les han subido el sueldo y todos contentos...

MIGUEL se ha relajado un poco y se quita la cortina y se sienta en el borde.

MIGUEL

Lo que daba por un cigarro y el whisky. Se quedan en silencio un instante. MIGUEL sonríe al recordar algo.

MIGUEL

A lo mejor me montan lo que le hizo a Suso su mujer. ¿Sabes Suso de la Guardia, el columnista político?

ÁNGELA

Sí, claro...

MIGUEL

¿Te acuerdas, hace dos años, cuando desapareció?

ÁNGELA niega, pero la sonrisa de MIGUEL promete una buena historia.

MIGUEL

Se follaba todo lo que se movía y su mujer estaba hasta los cojones porque volvía a casa echo una piltrafa, porque el tipo se mamaba hasta la muerte. Es un borracho de esos a la inglesa. Los españoles beben por soltarse un poco, los británicos, en cambio,

beben a morir. Se lo toman como un oficio, no como una afición. Pues él en eso es británico, en el escribir no, porque escribe a gorrazos, *emborronao*, no se le entiende, parece que pasa las frases por el pasapuré y le quedan grumosas... El tío se fue a follar con ni me acuerdo quién, y se mamó de tal manera que cuando la tía se piró del hotel, él se quedó dormido, desmayado. Y no volvió a casa por la noche, empalmó y se despertó a las doce de la mañana del día siguiente. Y cuando pone la tele del hotel, ve que se ha montado un número descomunal porque creen que lo ha secuestrado la ETA. Y salen declaraciones de todo el mundo, porque estaba amenazado, ya sabes, en las listas de periodistas a los que a lo mejor un día nos meten un tiro en la nuca. Aterrado, el tipo nos llama al periódico: «¿Pero qué está pasando? Que a mí no me ha secuestrado nadie.» La mujer había montado el pitote para darle un escarmiento. Bueno, eso decían los amigos...

MIGUEL se queda callado y mira a ÁNGELA con renovada intensidad.

MIGUEL

Todo esto son batallitas del abuelo... Tu padre seguro que contará batallitas. Aunque ya no le tocó ser héroe del Alcázar. No, bueno, le ha tocado otra época. La Marcha Verde. La guerra sucia. Los golpistas... Tu hermana era el cachorro típico de los franquistas, tenía gracia, era una juerguista, bastante folladora, siempre con esos actores bajitos y cabezones con cara de niños que dan tan bien en cámara. Con tu padre se llevaba a morir, ella hacía esos obrones comunistas que estaban de moda, teatro de la dialéctica, yo qué sé qué hostias..., porque aquí siempre el arte comprometido ha tenido que aburrir mucho, te tragabas una torrijas... No sé cómo iban a conquistar a los obreros con eso, si a los obreros lo que les gusta es verle las tetas a Norma Duval...

ÁNGELA

Mi hermana sigue discutiendo con mi padre. Cada Navidad se monta alguna...

MIGUEL

¿Ya no hace teatro?

ÁNGELA

Ahora hace una serie en la tele...

MIGUEL

¿Y ella nunca te ha hablado de mí?

ÁNGELA

Me dio el teléfono de tu casa. Yo se lo pedí, lo tenía un amigo suyo...

MIGUEL

¿Cuándo me llamaste?

ÁNGELA

Le dije que tenía que hacer una entrevista para clase y que había pensado en ti... Y si tenía algún número, porque en el periódico dejé un par de mensajes, pero no...

MIGUEL

Al periódico no voy nunca. Ya no dejan beber en la redacción. ¿Y qué te dijo tu hermana, que éramos amigos? ÁNGELA niega con la cabeza.

MIGUEL

Más que amigos, conocidos... Una noche le pregunté: «¿Tú y yo no vamos a follar nunca?» Me dijo: «Me temo que no.» Tenía gracia... Si nos viera ahora... No creo que ella tenga el culo que tú tienes, que son como dos gajos de manzana... Ni tus tetas... A nosotros ya nos asoma el cadáver... Tú aún llevas el pijama infantil...

A ÁNGELA le molesta un poco el comentario y reacciona con algo de dureza.

ÁNGELA

Me dijo que eras un escritor bastante sobrevalorado.

MIGUEL

Creía que el rencor se lo reservan las tías a las que te has follado, pero veo que con las que no has follado también hay que andarse con ojo. Mira, solo un escritor totalmente sobrevalorado podría ganarse la vida con este oficio.

ÁNGELA

¿Te molesta que alguien lo piense?

MIGUEL

¿Sigue la entrevista? ¿Contarás esto? «En pelotas, encerrados en un baño casoso,

proseguí mi encuentro con el sobrevalorado articulista...»

ÁNGELA

¿Lo contarás tú?

MIGUEL piensa durante un instante la respuesta.

MIGUEL

Depende de cómo acabe...

ÁNGELA

Pero ningún libro tuyo, ninguna novela ha tenido la misma relevancia que tus artículos...

MIGUEL

Hay gente que viaja con una novela dentro toda la vida. Con esa cosa antigua de la trama y la arquitectura narrativa. Yo he dejado a jirones por ahí todas mis novelas, sin otra percha donde colgarla que el periódico del día. Ahí me he dejado la vida y el talento, y si alguien me aprecia tendrá que ir recogiendo los trozos...

ÁNGELA

Pero has ganado muchos premios...

MIGUEL lanza un suspiro despreciativo.

MIGUEL

Los premios solo son...

ÁNGELA

¿Dinero? A MIGUEL le agrada la perspicacia de ella.

MIGUEL

Exacto. El dinero es una adicción. Cuanto más tienes más quieres. Nosotros no teníamos nada, por eso lo queríamos todo...

ÁNGELA

A mí me gusta lo que escribes.

A ÁNGELA le gustaría alargar la conversación hacia ese asunto.

Al fin y al cabo, parece ser lo que ha venido a buscar y le ha llevado hasta aquí.

MIGUEL

A lo mejor eres tú la que pega las piezas un día. O ibas a ser tú y ya no lo serás. Cuando conoces a alguien que admiras es el primer paso para dejar de admirarlo. Solo se puede admirar a los muertos. O a los cuerpos... Lo de dentro está siempre sucio, podrido, sin barrer. La gente con talento tiene tanto miedo que se suele comportar como un idiota. Y la gente sin talento, sencillamente da igual cómo se comporte, se les puede querer, pero no se les puede admirar. ¿Tú admiras a tu madre?

ÁNGELA se encoge de hombros.

MIGUEL

Sacó ocho hijos de sus entrañas y los educó y solo conozco a dos, pero sois interesantes. Nadie puede ser interesante sin una madre interesante. ¿Qué hacen los otros seis?

ÁNGELA

Cinco. Uno murió hace ocho años.

MIGUEL se humedece el labio superior con el labio inferior.

ÁNGELA

Hacen cosas diferentes. Uno es profesor de inglés. Otro está en Estados Unidos, estudiando.

MIGUEL

Es lo cojonudo de este país. Es como que de la tragedia grotesca hemos terminado en una serie americana de esas... *Con ocho basta*. Las familias perfectas. De Goya a Norman Rockwell. Creo que eso lo he escrito ya en algún sitio, ¿no?

ÁNGELA se encoge de hombros y se le cae la toalla.

Vuelve a cubrirse un poco y se cruza de piernas, pudorosa. MIGUEL está acomodado en el borde de la bañera, la espalda contra la pared.

MIGUEL

¿Y tú por qué cojones quieres ser periodista? Si en este país todas las cosas interesantes ya han pasado. Hasta que no vuelvan a matarse los unos a los otros esto va a ser un bostezo de datos económicos y resultados electorales...

ÁNGELA

No sé si quiero ser periodista. Quiero escribir.

MIGUEL

Eso es otra cosa. Pero eres demasiado hermosa para que te pase nada que te haga daño de verdad y entonces lo que escribas sea interesante para los demás. Los otros quieren víscera, que te dejes la vida en cada página...

ÁNGELA se queda en silencio, no quiere interrumpir ahora que se ha soltado.

MIGUEL

Cuando tenía tu edad, en mi ciudad provinciana y gris, había un escritor reconocido. El único al que respetábamos. Pobre, feo y sucio. Un día me invitó a su casa...

ÁNGELA encuentra cierto paralelismo entre el recuerdo y la escena actual.

MIGUEL

Me dijo: «Escribir es renunciar a todo lo demás.» Y me preguntó: «¿Te crees capaz?» Ese día decidí marcharme a donde pasaran cosas. Sabía francés y quería irme allí, pero los franceses lo único que querían de España era antifranquismo y corridas de toros. Así que me quedé aquí y me tocó la lotería, porque los últimos quince años han sido una fiesta para los escritores de periódicos, por más que los nombres propios de cada día sean cutres y olvidables, lo que pasaba es la historia con mayúsculas y eso a los periodistas nos pone cachondos... La transición, los muertos, los golpes de Estado, la OTAN a cambio del Mercado Común, todo eso para nosotros es como un cuerpo joven, desconocido, que no te toca acariciar ni por tu edad ni por tu aspecto, pero que un día te lo encuentras ahí, dispuesto para ti.

Pese al rubor de ÁNGELA, MIGUEL ha cambiado la dirección de su discurso.

MIGUEL

Porque tú y yo vamos a follar, ¿no? Después de todo nos lo hemos ganado, ¿verdad?

Pero ÁNGELA no contesta, pese a la mirada interrogadora de él.

MIGUEL

Venga, pega cuatro voces por ahí a ver si alguien te oye. No es lo mismo una mujer que grita que un hombre que grita. A un hombre nadie lo quiere salvar. En eso estáis de mala suerte. A las mujeres guapas todos se empeñan en salvaros. No os dejan echaros a la calle, ni vivir la vida, están todos deseando poner os un piso y haceros dos hijos...

ÁNGELA duda un momento, pero el silencio de él se convierte en exigencia.

Pone un pie sobre el inodoro y otro sobre el borde de la bañera y se levanta.

Como MIGUEL hizo antes, pero ella llega un poco más abajo del ventanuco.

Se agarra con las dos manos, una de ellas con la toalla, y grita al patio interior.

ÁNGELA

¡Ehhhh! ¡Hola! ¿Hay alguien ahí?

MIGUEL

Ponle un poco de dramatismo, que parece que vas a dar las buenas tardes.

Él ha susurrado con ironía, pero mira el cuerpo de ella.

Desnuda, alzándose por encima de él, estirándose hacia el ventanuco.

Posee una perspectiva inédita, que no quiere desperdiciar.

ÁNGELA

¡Oiga! ¡Por favor, nos hemos quedado encerrados aquí! ¡Ayuda! ¿Puede alguien ayudarnos?

MIGUEL se ha dado la vuelta y ahora acerca su cara al culo de ella.

ÁNGELA

¡Oiga! ¿Me oye alguien?

MIGUEL pega sus labios al culo de ÁNGELA.

ÁNGELA se crispa, sorprendida, y trata de taparse con la toalla.

Él aparta la cara.

ÁNGELA

Se han ido todos de fin de semana... Con este calor...

Ella ha hablado nerviosa, queriendo cambiar de tema.

Pero MIGUEL está ocupado en otra actividad.

Ahora se ha puesto de pie y rodea el cuerpo de ÁNGELA con las manos.

Agachándose levemente, puede colocar su cara sobre el sexo de ella.

Y comienza a rozar con sus labios y su nariz el vello púbico de la joven.

ÁNGELA se revuelve, incómoda.

Le cuesta bajar de su posición, trata de apartar la cara de él.

Finalmente baja de un salto hasta el suelo.

ÁNGELA

No, para. Basta.

MIGUEL la abraza, intenta besarla ahora en los labios, en el cuello.

Las manos de él tratan de atenazarla, de inmovilizarla, poseerla.

ÁNGELA le empuja con sus manos, logra separarlo después de luchar.

Se vuelve a cubrir, ahora anudándose la toallita a la cintura. Se tapa los pechos con las manos.

MIGUEL

¿En serio? ¿Vamos a dejar que no pase nada?

ÁNGELA

Déjame, por favor. Solo quiero salir de aquí.

ÁNGELA vuelve a intentar abrir la puerta, lo hace con fuerzas renovadas.

MIGUEL se cruza de brazos para verla forcejear con el picaporte encallado.

MIGUEL

¿Ya tienes lo que querías? ¿Final de la entrevista? ¿Ya has visto lo que soy y no te gusta? ¿O has visto lo que eres y tampoco te gusta? Porque a lo mejor hay más cosas en ti que te molestan que en mí. A lo mejor quieres irte de aquí porque no te soportas, porque no te gustas. Tú sabes que no eres mejor que yo. Al menos yo he dicho la verdad todo el rato. Quizá tú no has parado de mentir ni un solo segundo.

ÁNGELA sigue intentando abrir la puerta.

MIGUEL

Deja esa puerta que no se va a abrir. No te voy a hacer nada, no temas. Vamos a decirle al gorila que se olvide...

MIGUEL se sienta sobre el inodoro y apoya la cabeza en la pared cercana.

MIGUEL

¿Qué pensabas que ibas a sacar de mí? Creías que te ibas a llevar algún secreto literario. Qué ilusa.

Pero ella no quiere hablar, quizá de acuerdo en admitir su parte de culpa.

MIGUEL

Yo desde el primer momento que te vi quise follarte y el único interés fue ese. Vuélvete a leer la entrevista completa y te aseguro que no vas a encontrar ninguna palabra, ninguna frase brillante que en el fondo no quiera decir: «fóllame», «déjame follar contigo», «desnúdate para mí».

MIGUEL habla sin acelerarse, sin subir el tono. Como si escribiera para sí mismo.

ÁNGELA

¿Tu amigo no vendrá?

MIGUEL

El lunes. El lunes nos rescatará como a dos náufragos. Eso somos, sí señor. Náufragos. Yo un cadáver empujado hacia la playa. Tú nadas aún buscando desesperadamente algo a lo que agarrarte. Pero no lo hay. Esto es todo. Pregúntale a tu hermana.

ÁNGELA está a punto de contestar algo, pero prefiere callar.

MIGUEL

Ahí lo tienes, el sentido de la vida. Tú en tu tren de ida y yo en el mío, de vuelta. En realidad estábamos destinados tan solo a cruzarnos un instante. Esto es una avería en mitad del túnel. Un imprevisto.

ÁNGELA se ha deslizado hasta sentarse en el suelo. Junto a la bañera y debajo del lavabo.

Apoya la espalda en la pared, agotada.

ÁNGELA

¿Qué es? ¿Un artículo o un cuento? ¿Tan importante es acostarte conmigo?

MIGUEL

Es la inspiración. No conseguir lo que se desea es la inspiración.

Lo ha dicho un poco a la manera daliniana.

MIGUEL

Yo también fui un trepa. Yo también cortejé a los que podían ayudarme a subir. Yo también gasté elogios no merecidos para regalar los oídos de los que me podían ayudar. Yo di los pasos como supe, un escaloncito aquí, otro allá. En tiempos mucho peores que estos. Sindicatos, prensa del movimiento, el carné, la pomada, cosas que hoy ni existen. Hoy se impone una relación más mercantil. Limpia. Oferta y demanda. Todos tenían sentimiento de culpa. Y ahí llegaba yo con mis cuartillas..., joven y libre. Como llegas tú ahora...

ÁNGELA

Yo no he venido a pedirte nada.

MIGUEL

Me fabriqué una mierda para que vinieran las moscas. No me ha ido mal.

ÁNGELA

¿Podríamos parar un poco y pensar en cómo salir de aquí?

MIGUEL se levanta del inodoro y camina teatral. Se coloca tumbado dentro de la bañera.

Como si fuera la cama más cómoda de un hotel.

MIGUEL

No te hagas ilusiones, preciosa. Ahora mismo cambiaría tus muslos por un cigarrillo. Y tus tetas perfectas como dos caracolas por un vaso de whisky. Ya ves...

Uno tiene sus prioridades.

Y MIGUEL corre la cortina de ducha como si fuera un telón.

Los dos quedan separados por la cortina.

ÁNGELA asiente con la cabeza, sin querer competir.

Parece algo rabiosa y un instante después está llorando.

Lo hace conteniéndose, como si quisiera ocultarlo.

MIGUEL cierra los ojos y se dispone a dormir sentado allí. ÁNGELA recoge una de sus rodillas y se abraza a ella.

El rostro de MIGUEL pensativo.

Se mira los pies.

Las distintas partes de su cuerpo.

Su pene flácido, muerto entre las piernas y el vello púbico. Su vientre destensado, sus brazos frágiles.

Se recoloca las gafas y deja la mirada perdida.

Al otro lado de la cortina, ÁNGELA parece calmarse.

Aún tiene los ojos húmedos.

También mira sus pies y se toca con los dedos la rodilla encogida.

Estudia el baño a su alrededor, pero sin buscar una fuga posible.

Más bien reconociendo el territorio para no olvidarlo jamás.

Baja la cabeza tras escuchar la respiración pesada de él.

MIGUEL ha cerrado los ojos, se va a dormir.

ÁNGELA reposa la cabeza, la mirada perdida.

Cuando MIGUEL abre los ojos, algo más tarde, ve a ÁNGELA. Está de nuevo subida tratando de asomarse al ventanuco.

Pero esta vez la toalla cubre su culo y su cintura.

MIGUEL se mueve silenciosamente para recolocarse, dolorido.

Tiene los músculos entumecidos por la postura incómoda de la bañera.

Llega el sonido de las campanas de una iglesia cercana.

Dan las seis de la tarde.

MIGUEL cuenta una a una las campanadas, en voz muy baja.

MIGUEL

Las seis, ¿lo has oído?

ÁNGELA asiente sin volverse a mirarlo.

Baja de su posición y va a sentarse en el inodoro cerrado.

MIGUEL descorre la cortina como si fuera una persiana al nuevo día.

Permanece sentado en la bañera, pero ahora asomado al borde.

Como si mirara a ÁNGELA desde una terraza o una ventana privilegiada.

MIGUEL

¿Qué estarías haciendo si estuvieras fuera de aquí?

ÁNGELA se encoge de hombros.

MIGUEL

Es sábado por la tarde. Los jóvenes aún creéis en el fin de semana.

ÁNGELA

No me gusta salir los sábados. Demasiada gente.

MIGUEL

Te hace sentirte especial, ¿verdad? Es importante sentirse especial. ¿Por qué crees que eres especial?

ÁNGELA

Todos lo creen, ¿no?

MIGUEL

Te sorprendería la cantidad de gente que aspira a ser absolutamente normal. Nosotros somos una raza aparte. Pero hay que pelear a dentelladas para no terminar convertido en alguien como ellos.

ÁNGELA se ha acercado al lavabo a refrescarse, está sudando.

MIGUEL

Los de la Revolución francesa se equivocaron con eso de la égalité, liberté, fraternité. La libertad es la diferencia, justo lo contrario de la igualdad. Lo igual no es humano. Y la fraternidad..., tengo mis dudas. Fraternidad con quién. El siglo xx nos ha enseñado a hostias que todos los hombres no somos hermanos. ¿O te crees la tontada esa? Antes eran los curas los que lo repetían. Ahora es la Coca-Cola, los Juegos Olímpicos. ¿Lees?

ÁNGELA se sorprende por la pregunta.

MIGUEL

¿Qué lees?

ÁNGELA

No sé, novela... Leo novelas sin parar.

MIGUEL

Nosotros leíamos a Schopenhauer, a Nietzsche, a Sartre y Camus. A Marcuse, a Heidegger. ¿Leéis eso en la facultad?

ÁNGELA niega con la cabeza.

ÁNGELA

En la facultad nadie lee ni el periódico.

MIGUEL

¿Qué te gusta?

ÁNGELA

No sé... Truman Capote... *A sangre fría*.

MIGUEL

Los americanos. ¿Y Fitzgerald, Faulkner? ¿Hemingway?

ÁNGELA

Sí. Y Nabokov y Philip Roth.

Por una vez, ÁNGELA deja salir su orgullo intelectual, antes siempre oculto.

MIGUEL

París era una fiesta. El gran Gatsby.

ÁNGELA

El gran Gatsby sí lo he leído... Y A este lado del paraíso. Me encanta... Y El lamento de Portnoy y Retrato del artista adolescente.

A MIGUEL no le sorprenden las elecciones y sonrío al oírlas.

MIGUEL

Ahí creo que lo cuenta Joyce. Al acabar sus estudios en la escuela católica, sin saber qué hacer, un día paseando por el muelle ve a una muchacha hermosa que camina por la orilla con la falda arremangada. Y es como una iluminación que le lleva a elegir la vida, el arte, por encima de todo lo demás. Aunque la vida signifique desorden y el arte sufrimiento...

ÁNGELA se ha quedado prendida del relato.

ÁNGELA

Ya...

MIGUEL

Lo que lees de joven es lo único que lees. Dicen que uno escribe siempre el mismo libro, lo que es seguro es que uno lee siempre el mismo libro.

ÁNGELA

¿Te gustan los latinoamericanos?

MIGUEL

Lo dices como si fueran un grupo de cantantes de boleros. Vosotros leéis para divertirlos. Nosotros leíamos para pasar el examen del café. Para triunfar. Para no parecernos a los de aquí. ¿Cómo vamos a entendernos tú y yo? Es normal este desastre. Es como si se encontraran un caballero del siglo xv con una cantante de rock.

MIGUEL hace un silencio largo.

MIGUEL

¿Se puede volar?

ÁNGELA no entiende del todo la pregunta, pero no cambia la expresión.

MIGUEL

¿Tú aún crees que se puede volar? ¿Que se puede salir de aquí volando...?

ÁNGELA

¿Volando? No sé...

MIGUEL habla muy despacio, con la mirada algo perdida.

MIGUEL

De este váter, de este país. De este mundo.

ÁNGELA le mira con cierto interés recuperado.

MIGUEL

De lo que se trataba al follar contigo era de volar durante un rato, con tus alas. De lamer un poco de juventud. ¿Leéis a Proust?

ÁNGELA niega con la cabeza.

ÁNGELA

Lo he intentado.

MIGUEL se incorpora con lentitud en la bañera. Se pone de pie y estira la espalda anquilosada.

MIGUEL

El tiempo es el único tema. El paso del tiempo.

Sale de la bañera y se planta frente al inodoro.

MIGUEL

Usted disculpe, pero tengo que mear.

ÁNGELA se levanta y va al otro lado del baño, se cruza de brazos.

MIGUEL levanta la tapa de la taza y comienza a orinar.

MIGUEL

En realidad la gente le da mucha importancia al sexo. Pero solo el uno por ciento de la utilidad y los fluidos del cuerpo tienen algo que ver con lo erótico. Se han hecho cientos de poemas y canciones al amor y al deseo, al encuentro erótico. Y sin embargo al mear, al trabajo del riñón, del hígado, a la imprescindible tarea de los pulmones, apenas nada. Muy poca literatura. La literatura elude la verdad, porque quiere competir con Dios.

Cuando habla mientras mea gira la cara de perfil, para hablar a ÁNGELA.

MIGUEL

Y con Disney. No le tengas miedo a hablar de lo orgánico.

MIGUEL tira de la cadena, que funciona con cierto estrépito.

Se vuelve para seguir hablando con ÁNGELA.

MIGUEL

Los que dicen saber cómo se escribe bien son unos cursis repelentes, que hablan de amaneceres y ruiseñores y sentimientos. Desconfía de los sentimientos, fíate de los sentidos. De Stendhal, un crítico de su tiempo dijo que escribía como un conserje. Esa era la virtud, no el defecto. Escribir con llaneza, contar lo que ves...

Sin cambiar de actitud, vuelve a subirse al borde de la bañera.

Se asoma al ventanuco y grita.

MIGUEL

¿Me oye alguien? ¡Oiga! ¡Estamos encerrados aquí! ¡Oiga! ¡Vecinos!

Se da media vuelta, con tranquilidad.

MIGUEL

He aquí un conflicto bastante humano. Follar o no follar. Si lo hacemos todo se convertirá en menos interesante, menos tenso. ¿Te has fijado en que cuando dos amantes se desean y hacen el amor sus cuerpos no pesan, es como si flotaran? Pero al saciarse se vuelven plomizos, como la carne de las mujeres de Rubens.

ÁNGELA deja escapar un suspiro divertido.

MIGUEL ha encendido una lamparita que reposa en la estantería bajo el ventanuco.

MIGUEL

Pero al mismo tiempo no hacerlo es demasiado desasosegante. Estar a tu lado es como sentarse junto a una fuente y no poder rozar el agua con los dedos.

Y de pronto MIGUEL pierde su parsimonia y su indolencia.

MIGUEL

¿Hasta cuándo va a durar esto? ¡Quiero salir de aquí! Joder. ¡Que alguien me saque de aquí! ¡No lo aguanto más!

MIGUEL ha roto a gritar inconsolable.

MIGUEL

Me estoy asfixiando. ¿No lo entiendes?

MIGUEL baja la voz, pero sigue presa de la desesperación.

MIGUEL

¿Por qué me haces sentir que estoy solo? ¿Que soy insoportable? Ya sé que soy insoportable. Yo no me aguanto. Me miro al espejo y veo la sombra de mí mismo. Yo no soy divertido para mí, no soy ingenioso. Yo no me admiro. Yo me doy asco. Asco físico. Y tú estás aquí como si fueras una musa muda y desnuda, que en lugar de venirme a susurrar versos me vienes a poner un espejo en la cara.

MIGUEL repara en el espejito sobre el lavabo y va hacia él.

ÁNGELA se aparta un poco, no sabe muy bien cómo intervenir.

MIGUEL

Si me ves como yo me veo, tienes que odiarme. ¿Acostarte conmigo? Dios mío, ¿en qué estabas pensando? ¿Tan estúpida y tan trepa eres? ¿Qué ibas a sacar de mí? ¿La literatura? ¿El talento? Yo iba a salir ganando.

De pronto MIGUEL se mira fijamente en el espejo, casi asfixiado de calor y angustia.

MIGUEL

Mira, me ha crecido la barba. Dicen que el deseo sexual hace crecer la barba más rápido. Y el miedo. A los toreros les crece la barba a toda hostia el día de la corrida. Si no me diera asco me afeitaría con la cuchilla de Luis. Me estoy quedando calvo. Y los pelos de la nariz son realmente incómodos. Es absurdo, ¿no?

MIGUEL se vuelve hacia ÁNGELA, que está a su lado.

La toma de la barbilla, sin ninguna violencia, y la hace levantar.

MIGUEL

No es tan importante, ¿sabes? El cuerpo no es tan importante. Follar no es tan importante. Mira los perros por la calle, se huelen y si es el momento se montan el uno al otro. ¿Por qué nos hemos alejado tanto de ellos? ¿Tan importantes nos creemos? Con nuestros museos y nuestras catedrales y nuestros consejos de ministros. Y te tengo cerca y todo eso no es más que un estorbo...

MIGUEL lleva la mano de la barbilla a la nuca de ÁNGELA.

La atrae hacia sí levemente, poco a poco, hasta pegar sus cuerpos.

MIGUEL

Se va a montar un pollo enorme. Mis enemigos, los que me he ganado con cada éxito, con cada milímetro que les he quitado de su territorio, de lo que creen que es suyo, se cebarán conmigo. Tu padre es posible que me mate como último servicio a la patria. Mi mujer puede que tenga que dejarme, más por el qué dirán que por lo que ella ya sabe de sobra, renunciar a tantas cosas maravillosas de nuestra convivencia. La deseo aún, ¿sabes? Y llevamos siglos juntos. Pero existe una cosa que se llama consuelo, que se llama refugio, no lo sé, un lugar bastante lejos de la luz pública, donde es muy difícil encontrar a alguien que lo sepa todo de ti y no lo utilice para

destruirte, sino para pegarte de nuevo cuando estás roto... Y tú me olvidarás en todos los cuerpos que te esperan...

MIGUEL besa a ÁNGELA en la boca, profundamente.

Un beso largo y húmedo, que ella tolera.

Es MIGUEL el que se separa con cierto pudor y aire de derrota.

MIGUEL

Y lo peor es que todos imaginarán lo que hicimos en estas horas. Y preguntarán. Y no podremos decir la verdad, porque será ridícula. Como todas las verdades, que son ridículas... Las más grandes también. Quítales el disfraz y verás lo ridículo que es...

MIGUEL se ha sentado en el borde de la bañera, respira con una cadencia fatigada.

MIGUEL

En el teatro cómico siempre se utiliza la situación del viejo gagá que persigue la carne joven y fresca, siempre inalcanzable. Es un ridículo que da risa, pero el terror asoma cuando eres tú quien lo sufre. Te das cuenta de que la distancia entre la locura y el equilibrio se reduce al tamaño de un pelo de la cabeza. Y entonces la sonrisa se hiela...

MIGUEL baja la cabeza.

Podría hasta llorar si supiera llorar, pero no sabe hacerlo.

ÁNGELA le besa, muy despacio, en la mejilla, cerca del cuello.

Él levanta la mirada y se deja sorprender por ella, que le besa en los labios y le humedece la cara.

MIGUEL la abraza con fuerza.

Y la mano de ella se posa en la espalda de él con autoridad. La mano de MIGUEL desciende hasta la toalla de ÁNGELA y la hace caer.

A sus tobillos, donde reposa hasta que se mueven apartándola.

Y muy despacio se dejan caer hasta el borde de la bañera.

Y él se sienta y ahora ella le permite lamerle el sexo.

En el rostro de ella comienza a aparecer una mueca de placer. Se ha perdido la crispación.

Ella se sienta en los muslos de él.

Hacen el amor muy despacio, entre jadeos.

Hasta que el ritmo se acelera y ella se corre por primera vez.

Y él sigue sin parar de moverse.

ÁNGELA

No te corras..., no te corras dentro...

Y ella se incorpora y lo hace llegar al orgasmo con la mano. Masturbándolo junto a su vientre.

Le cuesta un rato, pero lo logra.

Y poco a poco él se desliza hacia dentro de la bañera.

Agarrándola a ella, pero protegiéndola con su cuerpo.

Y permite que ÁNGELA se acomode sobre él.

En esa cama blanca, fría, húmeda y gastada que es la bañera. Y se quedan así reposando, sudados los dos.

Él respirando pesadamente, ella ligera, de alguna manera liberada.

Tiempo después los dos cuerpos reposan dentro de la bañera vacía.
Durante un instante nos recreamos en la piel de ambos, tan distinta.
Reparamos en las formas y huecos que adquieren los dos cuerpos.
Las manos de uno buscando una caricia.
Las manos de otra reposando sobre el muslo.
Los pies, sus plantas, buscando un sitio donde colocarse cómodamente.
Los cuellos de ambos, muy cerca el uno del otro.
El pelo de ÁNGELA cayendo por sus hombros y el pecho de él.
MIGUEL con sus gafas y la mirada perdida en el techo.
Los senos de ÁNGELA reposan, apoyados en los brazos.
El final de la espalda de ÁNGELA rozando el borde de la bañera.
Las piernas recogidas casi en posición fetal.
MIGUEL parece abrazarla como si fuera un niño dormido.

Es de noche.

La tripa de ÁNGELA comienza a hacer extraños ruidos.

Su posición es parecida a la del momento anterior, abrazados juntos dentro de la bañera.

Ahora más reclinados quizá, descansando los músculos.

MIGUEL comienza a repetir con la boca los ruidos del vientre de ella.

Cada vez son más complicados de repetir.

ÁNGELA sonrío, luego se cambia de postura.

MIGUEL

¿Tienes hambre?

ÁNGELA

Un poco.

MIGUEL

Yo apenas como. No sé por qué. De pequeño comía fatal. Mi madre se disgustaba tanto. «Te me vas a morir, come por favor.» Se echaba a llorar en la mesa. En aquella época comer era otra cosa... Era algo así como respirar.

ÁNGELA

Yo estaba gorda. En clase era la gordita, de pequeña. Un día mi hermana me lo dijo: «¿Estás preparada para lo que se te viene encima?» Me metió miedo. Me dijo: «Ser una gorda con catorce o quince años es el infierno.» Y me lo tomé en serio.

MIGUEL

O sea que tienes hambre desde entonces.

ÁNGELA

Algo así.

MIGUEL

Cuando leo libros o veo películas me gusta ver a la gente comer.

ÁNGELA sonrío ante lo que le parece una inclinación absurda.

ÁNGELA

Nadie va al cine a ver comer a la gente.

MIGUEL

Y es un error. En la literatura y en el cine, me encanta ver a la gente comer.

ÁNGELA

Bogart comiéndose un cocido...

MIGUEL

Exacto. Me gustó muchísimo una película francesa de detectives que vi hace tiempo. No me preguntes el título porque soy malísimo con los títulos. Salía Jean Gabin, ¿sabes quién es? Ese actor francés rubio, panzudo, una especie de Spencer Tracy viril...

ÁNGELA

No...

MIGUEL

No importa. Era una película de acción, con pistolas, dinero robado, una *femme fatale* que puede que fuera Brigitte Bardot de jovencísima o alguna otra parecida, de esas señoras de romper, y unos que se persiguen todo el rato, pero de pronto Gabin se queda con su amigo en la casa y se sientan en una silla y se ponen a comer queso y pan con una navaja y se toman unos chatos de vino. Joder. Me hizo feliz.

MIGUEL ha mimado los gestos de la vieja película francesa con enorme placer.

MIGUEL

En la literatura pasa igual. Llega un grande como Pío Baroja y te dice: «La calle era larga y olía a torreznos.» O Simenon, «tenía los ojos como dos charcos profundos». Y aquello te interesa, ya de salida. Y lo comprendes. Y solo lo que comprendes te puede emocionar.

ÁNGELA se incorpora y se sienta con las piernas cruzadas frente a él.

Le mira, él se retrepa apoyando la espalda en la bañera.

Los dos permanecen dentro de la bañera, pero ahora solo se tocan las rodillas.

La mirada de ella delata el placer de escucharle cuando habla.

De nuevo MIGUEL se topa, algo asustado, con la verdad de lo que ella vino a buscar.

MIGUEL

No jodas. No me mires así, que parece que empieza la clase otra vez. ¿De qué te voy a dar yo clases?

ÁNGELA

¿No te agota escribir todos los días sobre lo que pasa, durante tanto tiempo?

MIGUEL

Cómo me va a agotar. Si cada día pasan cosas diferentes.

ÁNGELA

Pero tener que decir algo...

MIGUEL

Antes íbamos al café. Casi todos llevábamos algo ingenioso para decir. Yo le saqué más rentabilidad. Y me libré de tanto pesado...

ÁNGELA

Pero tu opinión cuenta...

MIGUEL

No cuenta nada. Yo me cago en un ministro y solo le importa al ministro. A la gente solo le importa que no te metas con ellos.

ÁNGELA

Y tu estilo...

MIGUEL

No hables de estilo. Eso no existe. Cuando existe es malo.

ÁNGELA

Pero tú lo tienes.

MIGUEL

Pues es malo...

ÁNGELA

Lees algo y sabes que es tuyo...

MIGUEL

O de alguno de mis imitadores. Que los tengo...

ÁNGELA

Claro...

MIGUEL

¿Qué es el estilo? Un acompañante. El guía del museo. Un *pesao*. La gente se tiene que enamorar de lo que escribes. Tú los presentas. Aquí el lector, aquí una historia. Y luego desapareces. Te imaginas que un tipo te presenta a un amigo y os hacéis novios y el tipo sigue allí con vosotros en el parque, tomando cervezas, o se va a la cama con vosotros. «Yo recomendaría que te volvieras un poco hacia arriba para que te coma los pezones, no te olvides de acariciarle el culo...» Ese coñazo de tío, es el estilo... El autor haciendo aspavientos para que le mire todo el mundo...

ÁNGELA

Entiendo lo que dices, pero me parece que no lo cumples...

MIGUEL

Yo si tengo estilo es por agotamiento. Porque he escrito tanto que ha quedado una cosa... No sé, uno combina las palabras a su manera. Pero cuando haces el jarrón, lo mejor es romperlo y empezar otro a la mañana siguiente...

ÁNGELA

Y no piensas en la gente que te lee...

MIGUEL

Prefiero pensar en la empresa que me paga.

MIGUEL se relaja un poco, se echa hacia atrás. Ella le mira atenta.

MIGUEL

Este es un oficio de ratas. Ratas juzgando a ratas. Los cirujanos tienen prohibido operar a familiares. La implicación emocional perjudica la habilidad del doctor.

Esto es lo mismo. Miras el mundo como si no fuera contigo, porque tienes que sajar, tirar de bisturí...

ÁNGELA

Pero también eres responsable de cómo es el mundo...

ÁNGELA se levanta de nuevo para refrescarse con el agua del lavabo. Afuera la noche no deja de ser cálida y silenciosa.

MIGUEL

No me digas que eres de esos que creen que van a cambiar el mundo escribiendo...

ÁNGELA

Bueno...

MIGUEL

Escribir bien es lo único que puede hacer un escritor por el mundo. La tragedia es en sesión continua. Cambian los detalles pero el argumento es siempre el mismo.

Puedes hacerlos llorar un rato. ¿No has visto los telediarios? Cuando llevan un tiempo sin nada que llevarse a la boca, te meten una ración de niños desnutridos de Biafra. Pero casi siempre hay una riada o un terremoto que te arreglan el día... Si lo que quieres es conmoverlos. A mí eso no me interesa. A mí me interesa decirles: «El mundo es una payasada, una gran mascarada. Vamos a bailar...»

ÁNGELA

Es difícil...

ÁNGELA se interrumpe, no sabe muy bien cómo continuar.

MIGUEL

¿Qué es difícil?

ÁNGELA

No sé cómo decirlo... Pensar en lo que uno va a poder hacer. Las cosas... ¿Cómo te vas a meter en un mundo donde es todo tan imposible de cambiar como dices?

MIGUEL la escucha con cierta intriga.

ÁNGELA

Si quieres hacer algo diferente.

MIGUEL

¿Quieres hacer algo diferente?

ÁNGELA

A lo mejor...

MIGUEL

¿Qué quieres inventar?

ÁNGELA se encoge de hombros.

MIGUEL

Unos llegan elogiando a los que están. «Oh, no me merezco sentarme con vosotros, maestros, no os llego ni a la altura del betún.» Y los halagos sirven para que

te hagan un sitio. Otros llegan con el hacha desenfundada. «Quitaros todos de mi camino que sois unos mierdas, os voy a enseñar a ser honestos, viejos, que habéis traicionado el oficio.» Y al ver que viene un loco decidido a cortarles la cabeza, le hacen un sitio: «Ven, siéntate aquí, tú también tienes derecho a expresar tu rabia. Hagan caso al joven, escuchemos a la nueva generación.» Y el otro les perdona la vida, porque ya está donde quería.

ÁNGELA

Es bastante tétrico...

MIGUEL

Mira los políticos. Cuando uno se retira o se muere, entonces se vuelcan elogios sobre él. ¿Pero tú crees que alguien lo echa de menos? Suárez me contó que cuando dimitió de presidente del Gobierno no lo llamó nadie en cuatro meses. «Miguel, ni siquiera los amigos a los que nombré ministros.» Si la gente creyera en la resurrección de los muertos, en los entierros no habría ningún halago. Pero como saben que no se va a levantar se permiten hablar bien de él...

ÁNGELA le mira con los ojos bien abiertos.

MIGUEL

Una columna es un rincón. Un desahogo. Una trinchera...

ÁNGELA

Que defiendes... para que nadie te robe la posición...

MIGUEL se queda callado un instante.

ÁNGELA mira alrededor, si pudiera se asomaría por el ventanuco.

MIGUEL

A los jóvenes se os olvida que seréis como nosotros... Os sobrevaloráis. Los de ahora ni siquiera habéis tenido que pelear para poder ser jóvenes. Pregúntale a tu hermana mayor. Ella se partió la cara por todo lo que tú disfrutas... Ahora hasta os podéis permitir el lujo de no follar. Pero hace unos años era una obligación hacerlo, era servir al progreso de la civilización, y algunas se sacrificaron con gusto por la humanidad, por las que veníais detrás. ¿Qué serías tú sin tu hermana, bonita?

ÁNGELA

¿Por qué me riñes otra vez? Mis hermanas también tienen esa puta costumbre. ¿Por qué habláis como si hubierais inventado el mundo? ¿Como si antes de vosotros no hubiera habido nadie?

MIGUEL

En eso tienes razón.

ÁNGELA

Es que es todo el rato... Una especie de lección en fascículos. Que te tienes que tragar... De cada cosa. De vida sexual, de vida profesional, de los estudios, de lo que tienes que hacer, lo que tienes que pensar. Dejadnos en paz, dejadnos vivir.

MIGUEL

Yo solo quería echar un polvo contigo. Lamento haber convertido esto en un curso de verano.

ÁNGELA

¿Y si la que quería echar el polvo era yo? Por probar, por pervertida, yo qué sé...

MIGUEL

Muy pervertida...

ÁNGELA

Por trepa, como dices tú... ¿Acaso me vas a dar un trabajo? ¿Le vas a decir a tu director que me coloque de prácticas? ¿Por qué das por sentado que eso me puede interesar? ¿O que esa pueda ser una razón para conocerte? ¿Sacarte un secreto? No soy tan ingenua. O si lo soy es mi problema. ¿Por qué me vas a tener que hacer un examen? Y esa comparación constante. Mi época, tu época.

MIGUEL

Quería que conocieras la prehistoria.

ÁNGELA

Para enseñarnos qué... Cinismo, mal rollo, una pose de superioridad...

ÁNGELA deja escapar toda su frustración para admiración de MIGUEL.

MIGUEL

Por fin estas cuatro paredes oyen a alguien inteligente...

ÁNGELA

Quizá preferiría que nos enseñarais algo de verdad, creyendo en ello, «yo pienso que es así, o que es mejor así». Pero son recetas vacías... No sabes hasta qué punto es cargante...

MIGUEL se ha quedado observándola, recibiendo los golpes en su rincón.

ÁNGELA

Todo el rato ese cuento de la edad. Como si yo no me diera cuenta de la edad que tienes tú y de la edad que tengo yo. A lo mejor soy yo la que ha elegido estar contigo, escaparme de los tíos que me corresponden, probar otra cosa. A lo mejor los jóvenes de mi edad no me parecen suficientemente interesantes o suficientemente diferentes. No me estés contando todo el rato que eres tú el afortunado por follarte a una jovencita... Qué afortunado soy, qué envidia les voy a dar...

ÁNGELA ha dejado sin palabras a MIGUEL, que la observa.

ÁNGELA

Si no estuviéramos aquí encerrados habrías salido corriendo hace rato, ¿verdad? Te habrías levantado de la cama con cualquier excusa, me esperan en casa, tengo una reunión. Te habrías vestido a toda prisa. «Ya tengo lo que quería...» Así que deja de hablar como si estuvieras en una torre de...

Ella hace una pausa y MIGUEL se atreve a ayudarla.

MIGUEL

... de marfil...

ÁNGELA

No, de mierda...

ÁNGELA lo dice sin ninguna virulencia y luego se queda callada.
MIGUEL se cala las gafas antes de hablar.

MIGUEL

Solo trataba de llenar el rato... Pero habla, te escucho...

ÁNGELA se lo piensa un instante.

ÁNGELA

No tengo nada que decir.

Se quedan los dos en silencio.

MIGUEL tiene las piernas estiradas, los pies llegan a los costados de ella.

ÁNGELA, las piernas recogidas, las rodillas a la altura del pecho.

El silencio dura un rato enorme.

Es un silencio sin rencores, pero que ninguno de los dos quiere romper.

MIGUEL

¿Te importaría vocear otra vez por ahí a ver si alguien nos escucha?

ÁNGELA obedece sin prisa.

Se levanta apoyando las manos en los bordes de la bañera. Alcanza la toallita del suelo y se la enrosca alrededor de la cintura.

Vuelve a trepar hacia el ventanuco, como hizo antes.

MIGUEL vuelve a mirarla rendido a su esbelta juventud.

ÁNGELA

¡Oiga! ¿Hay alguien ahí fuera?

Es noche cerrada.
Los dos han dejado que la oscuridad se apodere del baño.
El silencio parece haberse prolongado durante bastante tiempo.
ÁNGELA se levanta y va hasta el mueble sobre el lavabo.
Enciende el fluorescente apretando el interruptor.
No puede evitar mirarse en el espejo.
Su rostro ha cambiado algo, como si hubiera alcanzado la madurez.

ÁNGELA

Cuando era pequeña me pasaba horas delante del espejo. Jugaba a que me entrevistaban porque era alguien famoso.

MIGUEL

Es lo bueno de crecer sin televisión. Nunca sueñas que saldrás por televisión.

ÁNGELA

Me hacía preguntas y las contestaba.

Habla sin volverse hacia él, utilizando el espejo.

MIGUEL

¿Y has dejado de jugar?

ÁNGELA

Hace poco.

MIGUEL

¿Y qué eras?

ÁNGELA

Una escritora famosa.

MIGUEL

¿Qué te preguntabas?

ÁNGELA

Por mi último libro.

MIGUEL

Yo jugaba a decir misa. En mi cuarto. Hacía de cura y decía misa.

ÁNGELA

Yo alguna vez daba discursos políticos. Juntaba a las muñecas encima de la cama y les daba un discurso.

MIGUEL

Eso es por crecer con Felipe y Guerra.

ÁNGELA

La política real me da asco. Engañan a la gente.

MIGUEL

¿Acaso la gente quiere oír la verdad? Prefiere que le engañen...

ÁNGELA

¿Si no te engañas no eres feliz?

MIGUEL se encoge de hombros.

MIGUEL

Aunque a veces lo parezca, no tengo respuesta para todo.

ÁNGELA se ha dado la vuelta y apoya el culo en el borde del lavabo, relajándose.

Se cruza los brazos sobre los pechos.

Los dos miran ahora en la misma dirección.

Hacia la pared del ventanuco, sin mirarse entre ellos.

Ha pasado un rato.

MIGUEL está ahora sentado sobre el inodoro.

ÁNGELA en el suelo, apoyada la espalda en la pared baja de la bañera.

La fatiga y el hambre se han apoderado de la situación.

Y quizá eso les abre algo más, al uno y al otro, desbaratando las resistencias.

ÁNGELA

Una chica de mi clase se tiró por la ventana hace un par de meses... Quedó con otra amiga, la estaba esperando abajo. La vio caer desde la ventana del baño de su casa. En un sexto piso. Los demás nos quedamos... Sientes que no has hecho nada para ayudarla, que no te has enterado de lo que le pasaba...

MIGUEL

Las ventanas son demasiado tentadoras.

ÁNGELA

Tenía mi edad. Nos habíamos conocido en clase. Era de las que iba siempre. Nos sentábamos juntas hacia el final de la clase... El primer día no cabíamos, no había pupitres para todos. Luego desapareció la mitad de la gente, solo viene a los exámenes. Se necesitan dos aulas para sentarnos a todos... Es increíble, ¿no? Ni siquiera tenemos un pupitre...

MIGUEL

A lo mejor fue por una cuestión de espacio. Se quitó de en medio.

ÁNGELA

Da miedo cómo alguien puede tomar esa decisión...

MIGUEL

La mayoría de los suicidas quieren mandar un mensaje brutal a los que les sobreviven. Ese es el lado más miserable del suicida...

Ambos se quedan en silencio un instante.

MIGUEL

Curiosamente la desesperación es un estado maravilloso, si uno aguanta lo suficiente.

ÁNGELA

¿Tú crees?

MIGUEL

El desesperado es que ya no espera nada. Suele ser entonces cuando surge lo mejor. Lo que no se espera.

ÁNGELA

Todos esperamos algo...

MIGUEL

Sí, pero nos fabricamos otra cosa mientras llega...

ÁNGELA

¿Falsa?

MIGUEL

Y necesaria. Las cosas más estúpidas, más nimias, son las más fundamentales.

ÁNGELA

No es demasiado apetecible...

MIGUEL

En vista de la oferta, algunos eligen la ventana. Los demás buscamos otros orificios más hospitalarios...

ÁNGELA sonrío sin cambiar de posición.

MIGUEL

Para que el gorila y las demás bestias que llevamos dentro se calmen un poco. Y no arañen, ni gruñan, ni ladren...

ÁNGELA

Me estoy empezando a angustiar aquí dentro...

ÁNGELA se muestra durante un instante sinceramente angustiada.
Como si le costara respirar.

MIGUEL

¿Quieres ir al cine?

ÁNGELA gira la cabeza para mirarle, sorprendida.

MIGUEL

¿Quieres ir al cine conmigo? Te invito.

ÁNGELA

¿Cuándo?

MIGUEL

Ahora, ahora mismo...

ÁNGELA le mira sin acabar de entender.

MIGUEL ha colocado de modo horizontal el marco de madera de un cuadro.

Parece una pantalla vacía frente a ellos.

MIGUEL entra en la bañera, como si se sentara en un patio de butacas.

MIGUEL

Ven. Te hago un sitio. Apaga la luz.

MIGUEL se mueve un poco para abrirle un hueco a su lado. ÁNGELA se lo piensa y finalmente apaga la luz.

Levanta una pierna y entra dentro de la bañera.

Se sienta junto a MIGUEL, los dos mirando al frente.

MIGUEL le pasa la mano derecha por encima de los hombros.

MIGUEL

Empieza con una vista de Madrid. En las vistas de Madrid casi siempre se ve que es un pueblo estirado.

ÁNGELA

¿No hay anuncios antes de la película?

MIGUEL

No, hemos llegado cuando empezaba. Para que nadie nos vea entrar juntos...

ÁNGELA

¿Te da vergüenza que te vean con una jovencita?

MIGUEL

No, todo el mundo pensaría que eres mi nieta...

ÁNGELA

¿Y si nos besamos?

MIGUEL

No te distraigas, mira la película. Hay un hombre en la cincuentena que sale de trabajar por la mañana. En el extrarradio, en un polígono. Sale de una fábrica de cerveza. Y va hasta su casa en coche. En cualquier barrio, no sabría decirte. Su mujer se está levantando y él se irá a dormir. Desayunan juntos y él pregunta por el chico, por su hijo. La madre le explica que no quiere levantarse. «¿Y eso?», pregunta el padre. «No sé, dice que no tiene ganas.» El padre dice que eso no se puede consentir y va a despertarlo. Pero el hijo, que tiene doce años, está despierto, tumbado con los ojos abiertos. Y por más que el padre insiste el chico le dice que no piensa levantarse, que no tiene ninguna razón para hacerlo.

ÁNGELA

¿Es el único hijo?

MIGUEL

Tiene una hermana muy mayor que ya no vive en casa... El padre tira de él, trata de sacarle de la cama a rastras, pero la situación es ridícula, el niño se queda tirado en el suelo y luego vuelve al colchón. El padre se desespera.

MIGUEL acompaña con sus gestos las acciones de los personajes.

La película, invisible, comienza a hacerse presente a los ojos de ÁNGELA.

MIGUEL

La madre le dice que se calme, es solo un día, pero el padre no puede permitir estos caprichos, aunque tampoco puede hacer nada. Finalmente lo deja por imposible y se va a dormir. Pero cuando se despierta al mediodía, encuentra a la madre dando de comer al niño en la cama y él la hace salir. «Ah, no, no, si no se levanta tampoco va a comer.» Y le prohíbe a la madre que entre en el cuarto. «Ya saldrá él.» Pero al día siguiente vuelve a ocurrir lo mismo. Y el niño no se levanta, porque no quiere. Y el padre trata de razonar, de preguntarle. «¿Te pasa algo? ¿Se puede hacer algo?» Y el niño se excusa y le dice: «No, no se puede hacer nada, sencillamente no quiero levantarme de la cama...» ¿Sigo?

ÁNGELA

Sí, sí...

MIGUEL

Los padres hablan con el colegio. Le explican al tutor lo que ocurre y esa tarde viene a visitarlos el psicólogo y les hace todo tipo de preguntas. «¿Es la primera vez que pasa? ¿Ha habido alguna discusión estos días? ¿Le han notado más triste de lo normal?» «No, no», contestan ellos. Y el psicólogo entra en el cuarto y le hace un montón de preguntas al chico, pero él parece tranquilo y responde a casi todo lo mismo: no quiere levantarse, no le pasa nada más. Cuando el psicólogo se va les recomienda unas pastillas y les dice que lo mejor es mantener la normalidad. Alimentarlo, por supuesto, incluso permitir que vengan sus mejores amigos a verlo, a jugar con él. «Llegará un día en que se levantará tranquilamente y todo esto quedará olvidado, como si no hubiera ocurrido», les dice al despedirse.

MIGUEL hace una pausa, recolocándose las gafas.

MIGUEL

Ahora es cuando saldría a fumarme un cigarrillo.

ÁNGELA

¿A mitad de película?

MIGUEL

Sí... Hay unas escenas de paso del tiempo. Los amigos del chico, algún profesor que viene a verlo. El chico en la cama y ellos en sus cosas... Hay un médico más

agresivo que recomienda ingresarlo en un hospital. Allí le podrán tratar mejor de la depresión. Él les dice: «Porque esto es una depresión.» Y la madre contesta: «¿Cómo va a estar deprimido, si solo tiene doce años?...» Los padres se lo piensan, pero luego deciden que está mejor en casa que en un hospital. Hasta que llega el verano y el niño ha perdido el curso y se dan cuenta de que si esto sigue así será una catástrofe para él. El padre compra una camioneta con la parte de atrás descubierta e instala allí un colchón y suben al niño y lo tumban en el colchón. Y se van de viaje...

ÁNGELA

¿Con él tumbado en la cama?

MIGUEL

Exacto. Y suben hacia el norte y van viendo monumentos y gente diferente. Y duermen en las afueras de las ciudades, en el campo. Y la gente que se cruzan se interesa. Cada uno tiene su receta para sacar al niño de la cama. Cruzan por algún pueblo en fiestas y los mozos pasean al niño en la cama por la plaza, como si fuera una Virgen en Semana Santa y le hacen que presida todos los festejos. Y hasta una niña se enamora de él y le besa en los labios, por probar si pasa como en los cuentos de hadas. Pero no, el niño no quiere levantarse. Así que la niña vuelve a su casa y decide meterse en la cama también y no salir. Y los padres de la niña y toda la gente del pueblo obligan a los protagonistas a que se vayan del pueblo. «Váyanse de aquí, ¿no se dan cuenta de que podría ser algo contagioso?» Y hasta los tiene que escoltar la Guardia Civil. Pasan por Barcelona y ponen rumbo a París...

ÁNGELA

¿Te lo estás inventando ahora?

MIGUEL

¿Estás loca? Está ahí, en la pantalla...

Y MIGUEL señala la pared alicatada delante de ellos.

MIGUEL

En París hay luna llena y circulan un rato, un buen rato, dando vueltas en torno a la torre Eiffel. Y cuando se hace de noche, el padre busca un rincón en los alrededores del Bois de Boulogne para aparcar la furgoneta y dormir un poco. Siempre duermen por turnos. La madre y él, para que el chico esté vigilado.

ÁNGELA

Mira, es bonito ese plano, el niño en la cama de la camioneta y la luna llena entre los árboles...

MIGUEL

Demasiado bonito. Por suerte llega una puta en el coche de un cliente y se ponen a follar allí al lado... Y el cliente luego echa a la puta del coche. Y ella se queda por allí un rato.

ÁNGELA

Cena con la familia. La madre tiene un infiernillo y guisa algo...

MIGUEL

Me gusta que coman. Y la puta se va a seguir con la faena. Luego el chico duerme profundamente. Y el padre, que desde que empezó el viaje es otro hombre, está contento, es hasta feliz, ha dejado atrás el agobio, convence a la madre para internarse un poco en el bosque, allí al lado, y tumbarse y hacer el amor. Por supuesto sin perder de vista la furgoneta. Y hacen el amor como no lo han hecho nunca en la vida.

ÁNGELA

Bajo la luna, en la hierba...

MIGUEL

Y se quedan tumbados allá, vigilando la furgoneta, pero abrazados. Y el padre se vuelve a dormir, pero la madre vigila, vigila todo el rato. Y cuando está a punto de amanecer, deja a su marido y se acerca a la furgoneta. Y para su sorpresa el chico ha desaparecido, no está en la cama...

ÁNGELA

¿Qué? ¿No está? No me digas que va a acabar mal...

MIGUEL

Yo qué sé cómo va a acabar. No la he visto. Ni siquiera conozco al director ni a los actores... Salvo el que hace de padre, que es Agustín González...

ÁNGELA

Espera, espera.

ÁNGELA se levanta de al lado de MIGUEL.

Y sale de la bañera para llegar al inodoro.

Levanta la tapa, se quita la toallita de la cintura y se sienta. Hace pis.

MIGUEL

Date prisa, te vas a perder lo mejor...

ÁNGELA termina de hacer pis, se limpia y se levanta.

Se vuelve a enroscar a la cintura la toallita y tira de la cadena. Casi en un salto, con precipitación infantil, vuelve al lado de MIGUEL.

ÁNGELA

¿Qué ha pasado?

MIGUEL

La madre despierta al padre. Y le muestra la cama vacía. No saben si alegrarse o entristecerse. Comienzan a llamar al chico a voces, a buscarlo entre los árboles más cercanos. A esperar. Prefieren no moverse, no arrancar la furgoneta. Y esperan allí hasta que amanece del todo y empieza a llegar gente al parque. Y llega un coche de policía y ellos no entienden muy bien, el francés, pero les ordenan que se vayan de allá, que si no los multarán. Ellos les hablan del niño. Que han perdido al niño, pero nadie los entiende. Así que arrancan y dan vueltas por allá, y luego por la ciudad... Y la madre se desespera, y el padre trata de tranquilizarla, le dice: «Al menos se ha levantado de la cama, ¿no te das cuenta?, se ha levantado por fin.» La madre no dice nada, pero por el gesto se entiende que casi prefería tenerlo allí, tumbado siempre en la cama, y se echa a llorar silenciosamente, sin gran dramatismo.

MIGUEL interrumpe un instante la narración.

MIGUEL

La actriz lo hace muy bien.

ÁNGELA

Mejor que el padre, que a veces está un poco sobreactuado...

MIGUEL

No, no, están perfectos los dos...

ÁNGELA

Y ella llora, ¿y qué más pasa?

De pronto, desde el patio interior de la casa llega un ruido. Primero unos pasos y luego algo más distinguible.

Una botella de cristal que rueda por los escalones y cae sin romperse.

MIGUEL y ÁNGELA reaccionan, tensándose.

Luego se oyen unas toses.

MIGUEL se levanta y se asoma al ventanuco.

MIGUEL

Oiga, ¿hay alguien ahí? Por favor, ¿hay alguien?

VOZ

¿Qué pasa?

MIGUEL

Por fin... Nos hemos quedado encerrados. En el baño del tercero... ¿Podría alguien abrirnos? La puerta está atrancada.

ÁNGELA se pone de pie y sale de la bañera.

Escucha atentamente la voz del hombre del exterior. No tiene más de treinta años y podría ser un yonqui.

VOZ

Es que yo no vivo aquí...

MIGUEL

Es igual. Mire, ¿puede apuntar un teléfono? ¿Y llamar al dueño del piso? Él seguro que tendrá otras llaves.

VOZ

Yo no quiero líos.

MIGUEL

No es ningún lío. Le daré dinero. ¿Qué le parecen mil pesetas?

VOZ

¿Por hacer una llamada?

MIGUEL

Exacto. Solo por que llame al teléfono que le voy a dar...

VOZ

Pero quiero el dinero por adelantado...

MIGUEL

No lo tengo encima... Estamos encerrados...

VOZ

Y cómo sé que me lo dará después...

MIGUEL

Se lo juro. Le juro que se lo daré... Solo tiene que esperar a que mi amigo venga a abrir... Por favor, haga esa llamada, se lo ruego...

Tanto MIGUEL como ÁNGELA esperan con tensión la respuesta.

VOZ

A ver, deme ese teléfono.

MIGUEL respira relajado, como si hubiera logrado una victoria absoluta.

ÁNGELA sonrío nerviosa.

MIGUEL

¿Tiene algo para apuntar?

VOZ

No hace falta, para los números tengo una memoria cojonuda.

Las luces del amanecer entran por el ventanuco del baño.
Aunque está encendido el fluorescente del mueble con el espejo.
MIGUEL está de pie, apoyado contra la puerta.
ÁNGELA está también de pie, brazos cruzados, bajo el ventanuco.
Ambos aguardan a que llegue el momento de salir del encierro.
Puede que hayan pasado la última hora así.

MIGUEL

Igual ni ha llamado. Sonaba como un yonqui que se ha colado en el portal.

ÁNGELA

Mis padres me van a matar...

MIGUEL

Tú estás en la edad de cometer locuras, pero yo... Para mí esto tiene algo de castigo personal...

ÁNGELA

¿Tan mal has estado...?

MIGUEL

Yo estoy educado en el sentimiento de culpa. El cambio más grande es veros sin sentimiento de culpa, este es otro país.

ÁNGELA

¿Quién te ha dicho que no lo tengo?

MIGUEL

No creo que sea igual que el mío. Yo cada mañana me levanto y me pregunto por qué me siento tan culpable...

ÁNGELA

No me has contado el final de la película...

MIGUEL no piensa en lo que ÁNGELA acaba de decirle.

MIGUEL

Quizá también trataba de la culpa, ¿verdad?

Ambos se quedan en silencio durante un segundo.

ÁNGELA

¿Cómo termina?

MIGUEL

Ni idea. Podemos quedar otro día para verla de nuevo.

Suena a proposición.

MIGUEL se ha aventurado a proponer un futuro tras el encierro.

MIGUEL

¿O no habrá próximo día?

ÁNGELA se encoge de hombros; no tiene respuesta.

O sí la tiene, pero prefiere reservarla para ella.

MIGUEL se ha acercado hasta ÁNGELA y la toma por los brazos desnudos.

Le acaricia un instante con bastante ternura.

Luego la atrae hacia sí, para besarla.

ÁNGELA se deja besar, pero sin demasiado entusiasmo.

Después de un instante, separa a MIGUEL de sí, sin violencia, pero con decisión.

Ella solo lleva la toallita a la cintura, pero se protege con los brazos cruzados.

MIGUEL

Pasaréis por encima de nosotros como si no hubiéramos existido.

ÁNGELA

No creo.

MIGUEL

Puede que solo seamos una generación violenta y corrupta, que ha defraudado todas las expectativas. Espero que seáis mejores.

ÁNGELA

Lo intentaremos.

MIGUEL

Recuerda que la vida es el sabotaje perfecto de los sueños.

ÁNGELA

No me hago muchas ilusiones.

MIGUEL se sienta sobre el borde de la bañera y cruza las piernas.

MIGUEL

¿Qué pensarás de esto dentro de unos años?

ÁNGELA

No pensaré nada. Cosas que pasan, ¿no?

MIGUEL se queda callado, malhumorado, aunque sin dejarse llevar.

ÁNGELA sigue inmóvil, resistiendo, dando todo por terminado.

De afuera llega un ruido muy leve.

Los dos ponen oído, pero sin movilizarse.

La puerta de casa que se abre y unos pasos.

Alguien que forcejea con el picaporte de la puerta del baño.

La puerta que se abre.

Al otro lado de la puerta del baño aparece LUIS, el amigo pintor de MIGUEL.

Tiene su misma edad, aunque es calvo y con mirada pícara. ÁNGELA cruza por delante de él, a paso rápido hacia el dormitorio.

Él la sigue con la mirada, hay un rato de silencio entre ellos.

LUIS

Se me olvidó decirte que no te puedes cerrar por dentro... ¿Estáis desde ayer?

MIGUEL

¿Te ha llamado mi mujer?

LUIS

No...

MIGUEL se agacha para recoger su ropa del suelo en el umbral.

Comienza a vestirse.

LUIS habla con ese gangoso genialoide de los Panero en *El desencanto*.

LUIS

Afuera hay un tío que dice que le debes mil pelas.

MIGUEL asiente.

Levanta la cabeza para ver a ÁNGELA en el dormitorio. Está terminando de vestirse.

LUIS también la mira.

LUIS

Es demasiado joven hasta para ti...

MIGUEL balancea la cabeza.

ÁNGELA sale vestida del dormitorio, pasa como un rayo por el salón.

Sin mirar a los dos hombres que la observan.

Recupera su bolso y va hacia la puerta de salida.

No mira atrás, abre la puerta y sale hacia las escaleras.

MIGUEL

Adiós.

Pero no hay respuesta.

MIGUEL lo ha dicho casi para sí.

Pero ÁNGELA ya está lejos, muy lejos de allí, pese a que se detiene a mirarlo.

Cuando ella sale del piso, LUIS y MIGUEL no comentan nada. LUIS avanza por el estudio.

LUIS

Lo siento, no pensé que os cerraríais los dos dentro.

MIGUEL

A ver qué le digo a Esperanza.

LUIS

¿Me vas a meter a mí?

MIGUEL hace un gesto de «pues claro».

LUIS

Afuera hay un tipo que dice que le debes mil pelas...

LUIS reordena sus cosas y se topa con las gafas de ÁNGELA. Están abandonadas encima de la mesa, junto a los botes de pintura.

LUIS

¿Son de ella?

MIGUEL asiente con la cabeza.

LUIS

Toma, ya se las darás, ¿no?

MIGUEL

Déjalas ahí, si quiere vendrá a por ellas.

LUIS

¿No la vas a volver a ver?

MIGUEL

¿Tú qué crees?

LUIS abre las patillas de las gafas y mira a través de ellas.

LUIS

Miope. Dos o tres dioptrías. Eso jugó a tu favor, claro...

Luego las vuelve a posar sobre la mesa de trabajo.

MIGUEL va hacia el dormitorio y enciende un cigarrillo de la mesilla.

Su amigo empieza a trajinar por el estudio.

Conecta el transistor y escuchamos las noticias de por la mañana del domingo.
MIGUEL, serio, descubre que ÁNGELA olvidó también la carpeta de estudios.
Repasa sus pliegos con fotos, firmas de amigos, alguna cita literaria.
En una de las cartulinas separadoras hay un artículo escrito por él.
Está ahí pegado desde hace tiempo, con las esquinas gastadas.
Es un artículo más, otro de los que escribe a diario.
Aunque ÁNGELA lo ha elegido y recortado para adornar su carpeta.
Se titula «Mañana» y apenas alcanzamos a vislumbrar la primera línea.
«Están ahí, agazapados, nos miran. Son los jóvenes.»

La calle desierta al amanecer.
Un camión de la basura termina de recoger bolsas al final de la calle.
ÁNGELA camina por mitad de la calzada.
Lo hace con paso decidido.
Rumbo a casa.
Con el gesto serio.
Como si hubiera crecido.
No mira hacia atrás, solo camina a grandes zancadas.
Es largo el paso, el caminar decidido.
Poco a poco su gesto se destensa y se vislumbra media sonrisa. Su rostro hermoso y fortalecido separado mágicamente de las fachadas.
La apariencia es que ya no pertenece a esa ciudad, a ese tiempo.
Camina hacia el futuro, el paso decidido, con un gesto de reafirmación.
Se recoloca el bolso y podríamos mirarla caminar con esa energía durante rato.
Pero finalmente la perdemos de vista.
Y termina la historia.

AGRADECIMIENTOS

Un guión nunca está completo hasta que encuentra a sus actores. Así que este libro tiene una deuda fundamental con José Sacristán y María Valverde, y también con Ramon Fontserè y Bárbara de Lemos. Pero en el proceso de escritura fue importante escucharlo en voz alta dicho por Juan José Otegui y Manuela Vellés e Irene Escolar, que me animaron a continuar con generosidad. Pero nada podría haberse llevado a cabo sin el empeño de Jessica Berman y la complicidad de Ignacio Gabasa, Marta Velasco, Laura Renau, Álvaro Silva y Leonor Rodríguez. Y, como siempre, los desvelos de una vecina, la ayuda desinteresada de los hermanos, los golpes de riñón de una cuñada, la inteligencia delicada de un sobrino y la razonable autoridad de los hijos. Pero existe también una deuda literaria de este proyecto con autores como Josep Pla, Pío Baroja, Georges Simenon, Rafael Azcona, Fernando Fernán-Gómez, Francisco Umbral, Manuel Vicent y algunos otros citados a oscuras o a plena luz. Aunque no existe nada inventado que no esté basado en hechos reales, no está de más recordar que los personajes e incidentes que cuenta este guión no corresponden a ninguna persona existente ni histórica y que el autor se hace único responsable de todas las opiniones vertidas y las acciones ejecutadas por sus personajes a lo largo de este relato, aunque algunas de ellas no las comparta. Como colofón, y para satisfacer a los que se preocupan por la atribulada relación entre la literatura y el cine, no está de más recordar las palabras que un experimentado productor dirigió a un joven escritor de éxito cuando adquirió los derechos para llevar a la pantalla su novela: «Desengáñate, de esto del cine, aparte de follar y de forrarte, no esperes sacar nada.» Como comprenderán, añadir algo más a esa sentencia sería inútil.